

ITINERARIO BIOGRÁFICO

Relato de una vida

La muerte de José Ortega y Gasset, ocurrida la mañana del 18 de octubre de 1955, vino a refrendar su irónica sentencia de que “en España es difícil hasta morir”. Ésta es la triste imagen que nos inunda después de leer en aquella prensa intervenida la necrológica de su fallecimiento. Sin embargo, antes de examinar el contenido de lo que se publicó con motivo de la desaparición del filósofo, lo primero que nos salta a la vista es la enorme cantidad de literatura que provocó la noticia de su muerte. No sólo nos referimos a literatura periodística, aunque claro está que la mayor parte de material bibliográfico procede de la prensa nacional y extranjera; junto a ella, también se conservan multitud de cartas personales, condolencias y pésames recibidos por la familia y ordenados primorosamente en el Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset. Gracias a este material privado es posible distinguir, sobre el irreparable fondo de la fatalidad de la muerte, dos planos: por un lado, la pérdida del hombre público, del filósofo, del periodista, del escritor; por otro, la desaparición del padre de familia, del esposo, del maestro, del amigo. Cuando la muerte le llega a un intelectual de la talla de Ortega, la necrológica periodística se centra con frecuencia en trazar un panorama cultural huérfano de su ingenio y personalidad, como si la pérdida fuese únicamente una desgracia nacional. Aunque esto resulta inevitable ante la muerte del hombre público, bien mirado la necrológica no debería olvidar la desaparición del ser humano que se va, porque cuando lo hace deja de ser necrológica para caer en simple biografía enciclopédica.

Cómo citar este artículo:

Blanco Alfonso, I. (2005). Otoño de 1955: conmoción por la muerte de José Ortega y Gasset. *Revista de Estudios Orteguianos*, (10/11), 77-150.
<https://doi.org/10.63487/reo.657>

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 10/11. 2005
mayo y noviembre



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

OTOÑO DE 1955: CONMOCIÓN POR LA MUERTE DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Ignacio Blanco Alfonso

ORCID: 0000-0002-2595-464X

El presente itinerario biográfico ofrecerá al lector dos dimensiones de la muerte de José Ortega y Gasset: por un lado, la privada y familiar, y por otro, la pública, es decir, el tratamiento periodístico que póstumamente recibieron su persona y su obra. Claro está que la muerte de Ortega, a pesar de ser un pensador ingrato para el régimen, no podía quedar desatendida por la prensa. El Movimiento era consciente de que con motivo de su fallecimiento se volverían a revisar sus ideas políticas y postulados filosóficos. Por ello se anticipó al fatídico desenlace consignando a los periódicos el modo en que debían tratar la eventual noticia:

Ante la posible contingencia del fallecimiento de don José Ortega y Gasset, y en el supuesto de que así ocurra, ese diario dará la noticia con una titulación máxima de dos columnas y la inclusión, si se quiere, de un solo artículo encomiástico, sin olvidar en él los errores religiosos y políticos del mismo, y, en todo caso, eliminando siempre la denominación de “maestro”¹.

¹ Miguel DELIBES, *La censura de prensa en los años 40 (y otros ensayos)*. Valladolid: Ámbito, 1985, p. 19. Esta circular de la Vicesecretaría de Educación Popular, organismo del Movimiento encargado del control de la prensa en aquellos años, se encuentra citada en varios lugares. La versión de Delibes la ratifica Justino SINOVA en su libro *La censura de Prensa durante el franquismo*. Madrid: Espasa Calpe, 1989, p. 212, donde podemos leer otros ejemplos de consignas similares a la de la muerte de Ortega. Con pequeñas variaciones, también encontramos repetida la circular en Francisco LÓPEZ FRÍAS, *Ética y política: entorno al pensamiento político de José Ortega y Gasset*. Barcelona: Promociones y publicaciones universitarias, 1985, p. 23, que remite al libro de Delibes y a su vez es citado por Rockwell GRAY en *José Ortega y Gasset. El imperativo de la modernidad. Una biografía humana e intelectual*. Madrid: Espasa Calpe, 1994, p. 359.

Una vez que la muerte de Ortega fue efectiva, otra consigna circuló por los periódicos con alguna ligera variación respecto a la anterior, aunque sin perder un ápice de meticulosidad y mezquindad:

En relación con la muerte de D. José Ortega y Gasset, pueden publicarse hasta tres trabajos: la biografía y dos artículos. Título de la información, como máximo, a dos columnas. Si se hace un comentario de su filosofía, deberá hacerse con altura, sin violencia contra él, aunque lamentando sus errores en materia religiosa. Pueden publicarse en la primera página fotografías de la capilla ardiente, de la mascarilla o del cadáver, pero no de D. José vivo. En páginas interiores pueden publicarse hasta dos fotografías de Ortega vivo².

Con este trasfondo es fácil de imaginar la virulencia con que la prensa del Movimiento adicta al régimen, o sea, la mayoría de los periódicos españoles, recibió la noticia de la muerte de Ortega. Desde luego que la prensa nacional-catolicista se encargó de subrayar y exagerar hasta el absurdo sus “errores” en materia religiosa y política, pero, como ya hemos advertido en la introducción, esa literatura tan sólo es una versión de la necrológica de Ortega como hombre público. Junto a ella hay que considerar las también numerosas e inteligentes biografías, perfiles y semblanzas publicadas por otra parte de la prensa nacional y desde luego por los periódicos de todo el mundo; la prensa internacional compensó, sin ninguna duda, el torrente de infamias que en la España franquista se vertió contra el finado.

No obstante, dejaremos para más tarde el inevitable escrutinio periodístico de la muerte de Ortega y vamos a ocuparnos antes de sus últimos días de vida. Rememorar cómo vivió el pensador aquellos meses de 1955, arropado por sus seres queridos, cumplidos los 72 años, nos ayudará a imaginarnos al hombre Ortega, sorprendido por un cáncer incurable y devastador, y asimilar toda su

² Se trata de una transcripción literal de la copia mecanografiada de la orden dada a los periódicos por la Dirección General de Prensa, dependiente de la Vicesecretaría de Educación Popular, que se encuentra en el Archivo de la Fundación Ortega y Gasset. Coincide prácticamente con la versión de la consigna recogida por Javier TUSELL en *La oposición democrática al franquismo*. Barcelona: Planeta, 1977, p. 286, versión que también cita José Luis ABELLÁN en *Ortega y Gasset y los orígenes de la transición democrática*. Madrid: Espasa Calpe, 2000, p. 215. Es muy parecida, a su vez, a la que se puede leer en Fermín GALINDO ARRANZ, “La muerte de Ortega en la prensa de Bilbao”, *Revista Latina de Comunicación Social*, 13 (1999), La Laguna (Tenerife).

La diferencia entre una consigna y otra se debe a que la primera fue dictada antes de que Ortega muriese (cuatro días antes, citan algunas fuentes) y dada la gravedad de su estado de salud tras la operación. Probablemente fue distribuida entre los periódicos de la Cadena de Medios del Movimiento, pues era frecuente que la Vicesecretaría de Educación Popular adelantara consignas a la prensa adicta para preparar debidamente sus campañas propagandísticas. Sin embargo, la segunda circular se distribuyó una vez que Ortega había muerto, el mismo 18 de octubre de 1955, de ahí la variación formal del texto.

humanidad, siempre expuesta en los grandes hombres a quedar desdibujada por la prominencia de su carácter público.

Los documentos custodiados en el Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset que nos permitirán recrear esta última etapa de su vida están agrupados en diversos legajos, llamados Papeles de Interés Biográfico, que contienen material de distinta procedencia: abundante correspondencia, tanto privada como oficial, de personas que se interesan por el resultado de la operación y el estado de salud del paciente; tarjetas y cartas de pésame; telegramas y postales; diversos recortes de prensa, artículos necrológicos y obituarios, reseñas biográficas y entrevistas, además de documentos varios como testamentos, certificados oficiales, expedientes médicos, etcétera. En total, el Archivo Ortega y Gasset alberga alrededor de cinco mil documentos relacionados con la enfermedad y el fallecimiento de don José.

A continuación ofrecemos el índice de las carpetas que archivan todo este material, acompañadas del número de documentos contenido en cada una. Para una comprensión más clara del conjunto, hemos establecido tres bloques documentales que presentan las carpetas por este orden: 1) enfermedad, operación y convalecencia; 2) pésames, cartas, telegramas, condolencias y documentos varios; 3) material periodístico, tanto nacional como extranjero.

OPERACIÓN Y CONVALECENCIA.

Correspondencia recibida interesándose por la salud de José Ortega y Gasset. Septiembre, 1955. 80 documentos.

Tarjetas de visita y correspondencia recibida interesándose por la salud de José Ortega y Gasset. Octubre, 1955. 112 documentos.

Tarjetas de visita entregadas en el Sanatorio Rúber. Octubre, 1955. 122 documentos.

PÉSAMES Y CONDOLENCIAS.

Tarjetas de pésame reunidas en Montesquínza. 1955. 963 documentos.

Cartas y telegramas de pésame reunidos en Montesquínza. 1955. A-E. 135 documentos.

Cartas y telegramas de pésame reunidos en Montesquínza. 1955. F-K. 82 documentos.

Cartas y telegramas de pésame reunidos en Montesquínza. 1955. L-P. 120 documentos.

Cartas y telegramas de pésame reunidos en Montesquínza. 1955. Q-Z. 91 documentos.

Pliegos de firmas recogidos en el portal de Montesquínza. 1955.

Tarjetas de pésame. Sin contestar por falta de señas. 1955. 260 documentos.

- Tarjetas de pésame reunidas en *Revista de Occidente*. 1955. 837 documentos.
- Cartas y telegramas de pésame contestados en *Revista de Occidente*. 1955. A-F. 83 documentos.
- Cartas y telegramas de pésame contestados en *Revista de Occidente*. 1955. G-M. 60 documentos.
- Cartas y telegramas de pésame contestados en *Revista de Occidente*. 1955. N-Z. 56 documentos.
- Cartas y telegramas de pésame. 1955. A-J. 157 documentos.
- Cartas y telegramas de pésame. 1955. K-Z. 183 documentos.
- Cartas de agradecimiento de la familia y correspondencia sobre homenajes, notas y publicaciones en memoria de José Ortega y Gasset. 1955-1961. 59 documentos.
- Controversias y puntualizaciones. 1955. 34 documentos.
- Papeles de la inhumación, testamentaria y otra documentación afín. 1955-1958.

RECORTES DE PRENSA.

- Artículos, entrevistas y reseñas de prensa sobre la vida y obra de José Ortega y Gasset. Enero-18 de octubre, 1955. 135 documentos.
- Artículos, entrevistas y reseñas de prensa sobre la vida y obra de José Ortega y Gasset. 19 de octubre, 1955. Madrid y provincias. 134 documentos.
- Artículos, entrevistas y reseñas de prensa sobre la vida y obra de José Ortega y Gasset. 19 de octubre, 1955 y sin fecha. Madrid. 109 documentos.
- Artículos, entrevistas y reseñas de prensa sobre la vida y obra de José Ortega y Gasset. 19 de octubre, 1955. Extranjero. 97 documentos.
- Artículos, entrevistas y reseñas de prensa sobre la vida y obra de José Ortega y Gasset. 19 de octubre, 1955. Extranjero y álbum traído de Montesquín. 289 documentos.
- Artículos, entrevistas y reseñas de prensa sobre la vida y obra de José Ortega y Gasset. 20-21 de octubre, 1955. 257 documentos.
- Artículos, entrevistas y reseñas de prensa sobre la vida y obra de José Ortega y Gasset. 20 a 31 de octubre, 1955. 227 documentos.
- Artículos, entrevistas y reseñas de prensa sobre la vida y obra de José Ortega y Gasset. Noviembre-diciembre, 1955. 202 documentos.

La clasificación de este copioso material nos permitirá rememorar, ahora que se cumplen 50 años de su muerte, los últimos días de Ortega. A través de estos documentos de archivo esperamos trasladar al lector la conmoción que la noticia causó en las sociedades madrileña, nacional e internacional, y, gracias a la distancia que nos separa del suceso, calibrar las causas y consecuencias de su desigual recepción.

Verano de 1955

El desenlace de la vida de José Ortega y Gasset resultó más rápido de lo esperado. Todos cuantos han biografiado su vida expresan justamente la fugacidad del último mes, pues hemos de reparar en que el cáncer se le detecta el 17 de septiembre y el 18 de octubre ha muerto. Sin embargo, como tras la operación y durante toda la convalecencia la prensa se ocupó profusamente de mantener el pulso informativo respecto a la evolución del enfermo, nos puede producir la sensación de que se prolongó la agonía. Pero no fue así: entre la operación y la muerte apenas transcurren 30 días. El cáncer resultó fulminante.

El relato de los últimos momentos del filósofo lo han recreado, entre otros, sus tres hijos en sendas biografías: Miguel Germán, el mayor de los hermanos, escribió *Ortega y Gasset, mi padre. Una visión íntima y emocionada del primer filósofo español* (Barcelona: Planeta, 1983); Soledad, aprovechando también el primer centenario del nacimiento de su padre, preparó la preciosa obra gráfica *José Ortega y Gasset: Imágenes de una vida. 1883-1955* (Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia / Fundación José Ortega y Gasset, 1983), y más recientemente, el pequeño de los hermanos, José Ortega Spottorno, ha publicado la biografía familiar titulada *Los Ortega* (Madrid: Taurus, 2002).

En este libro, precisamente, José recuerda cómo el verano de 1955 Ortega “se animó a hacer una larga excursión veraniega por la costa del Cantábrico con un coche que yo alquilé con todas las seguridades, que luego no fueron tantas. Mis padres iban acompañados del matrimonio García Gómez, Emilio y María Luisa, él uno de los intelectuales más estimados por mi padre. En Santillana del Mar los cuatro viajeros se harían una foto en el claustro de la colegiata, que sería la última fotografía de mi padre. Cansado, suspendió la excursión, dejando a los García Gómez en la Universidad Internacional de Santander, y ellos se volvieron a Madrid...”³.

Antes de poner rumbo a la capital habían visitado a Díez del Corral en Noja, a Paulino Garagorri en Valmaseda y a Fernando Vela en Riaño. Pero, efectivamente, su estado de salud no era bueno. De los recuerdos de Soledad se deduce que aquel verano debió resultar incómodo para Ortega, tanto por el calor como por las molestias intestinales que, si bien el filósofo siempre había arrastrado, aquel verano debieron ser más persistentes de lo habitual. No obstante, la hija recuerda que hizo la excursión sin cansarse y con buen humor.

³ José ORTEGA SPOTTORNO, *Los Ortega*, ob. cit., p. 412.

De modo que Ortega y su esposa se encaminaron desde Santander hacia Madrid por Riaño, y el 25 de agosto llegaron al “Coto de Catilleja”, finca situada en el municipio vallisoletano de Mayorga de Campo donde pasaba el verano Soledad con su familia. La hija lo encontró más delgado pero con buen aspecto y notó que los primeros días comió mejor con la ilusión de la comida casera, aunque pronto aumentó la falta de apetito y las molestias un tanto difusas que notaba.

Sin que todavía le hubiese examinado su hijo Miguel, que era médico especialista en aparato digestivo, los más próximos sospechaban que el hígado “volvía a las andadas”. Recuerda Soledad que Ortega no tenía prisa por regresar a Madrid, donde todavía haría calor y donde le esperaba todo el trasiego de las pruebas médicas.

Hay que recordar que antes de efectuar este periplo por el norte de España durante el mes de julio, don José llevó una vida sumamente activa en los meses previos a la enfermedad, como recuerda Javier Zamora: “La estancia de Ortega en Alemania fue tan larga, que su amigo y discípulo Julián Marías le decía en marzo de 1954 «que ya iba siendo mucha Alemania». Ortega había pensado, incluso, establecer su residencia en Munich. En abril volvió a Lisboa, pero a finales de mayo retornó a Alemania para recibir el doctorado *honoris causa* por la Philipps Universität de Marburgo, donde había estudiado en su juventud, y dar nuevamente varias conferencias. En agosto regresa a España para pasar el verano en Fuenterrabía”⁴.

Como se puede apreciar, la actividad de Ortega en estos meses del 54 no permite sospechar que el final estuviera tan cerca. De hecho, aún viajaría en dos ocasiones más al extranjero antes del desdichado verano de 1955: el 22 de octubre de 1954 se encuentra en la ciudad británica de Torquay para impartir la conferencia “Una vista sobre la situación del gerente o *manager* en la sociedad actual” (incluida en su libro póstumo *Pasado y porvenir para el hombre actual*); pocos meses después, en mayo de 1955, Ortega viaja a Venecia invitado por la Fundación Cini, donde pronuncia la conferencia titulada “Il Medio Evo e l’idea di Nazione”, incluida, como indica Zamora Bonilla, en el volumen colectivo *La Civiltà Veneziana del Trecento*. Fue el último acto público del filósofo.

El dinamismo de los últimos tiempos no nos muestra a un Ortega acabado, ni mucho menos. De hecho, a la profusa lista de viajes realizados hay que sumar alguno más proyectado, como el de Puerto Rico, amén de las

⁴ Javier ZAMORA BONILLA, *Ortega y Gasset*. Barcelona: Plaza y Janés, 2002, pp. 485-486. Zamora ubica el detalle sobre deseo de Ortega de instalarse en Alemania en la edición del *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 16 de febrero de 1954, y la frase de Marías en una carta remitida por éste a Ortega el 2 de marzo de 1954, depositada en el Archivo Ortega y Gasset.

ideas que fluyen en su cabeza, como una edición internacional de *El hombre y la gente*, debido, entre otras cosas, al eco de sus últimas intervenciones públicas en Alemania. En definitiva, podemos concluir que la enfermedad sorprendió al filósofo en plena actividad intelectual y con una encendida vitalidad, a pesar de las dolencias físicas acentuadas el último verano.

Documentos:

Ortega y Gasset pronunciando la conferencia en Venecia. [Mayo de 1955].



Otra instantánea de Ortega tomada durante su viaje a Venecia. [Mayo de 1955].



Fotografía de Ortega con Rosa Spottorno, los Sres. de García Gómez, Sres. de Díez del Corral, Juan Iturralde y otros. [Santillana del Mar, julio de 1955].



17 de septiembre - 16 de octubre. El último mes

Miguel examinó a don José el 17 de septiembre. “Al reconocerle —cuenta el hijo— apreció una dureza en el epigastrio. Le hago unas radiografías que confirman lo que yo sospechaba ya al principio del verano: un enorme tumor de estómago. Le dije: «Papá, encuentro que tienes unas adherencias que seguramente habrá que operar, porque han producido una obstrucción en el píloro. El origen de estas adherencias es tu operación de hígado de hace tanto tiempo»”⁵.

El mayor de los hijos contrastó su diagnóstico con los doctores Hernando y Marañón y todos coincidieron en que la cirugía no serviría para más que para testificar la gravedad del mal. El propio Miguel le calculó un mes de vida. No obstante, a partir de ese momento todo se prepara para la intervención. Transcurrieron diez días en los que el paso del alimento, aunque no tomaba más que líquidos, era un suplicio para Ortega. Soledad cuenta con ternura que todo el día lo pasaban juntos los cinco y rememora cómo esa compañía le resultaba dulce y consoladora al enfermo.

La intervención se llevó a cabo el 28 de septiembre en la clínica Rúber de Madrid. Desde ese momento, la evolución del paciente es noticia en toda la prensa española y extranjera. Los periódicos establecen varios frentes informativos: por un lado el hospital, con los partes médicos, las entrevistas y declaraciones de los cirujanos, la convalecencia, si comienza a recibir alimentos, si han sido necesarias transfusiones sanguíneas, etcétera. También se transforma en material periodístico la nómina de personalidades que se interesan por la evolución del paciente, tanto los que se personan en la clínica como los que testimonian su preocupación por escrito y por teléfono, ya sea en el hospital o en el domicilio particular de Ortega, que a la vez se convierte en otro foco informativo. Entre estos testimonios, y como era habitual en un régimen de prensa propenso a sublimar cada paso dado por Franco, los periódicos de primeros de octubre cubren con alarde tipográfico la muestra de interés del general por la evolución de Ortega. Por otra parte, la ausencia de novedades en los sucesivos partes provoca que comiencen a proliferar las biografías del pensador y los anecdóticos sobre las reacciones y comentarios desde el lecho atribuidos a Ortega.

Una de estas anécdotas ocurridas durante la estancia en la clínica ocurrió así, en palabras de Soledad:

En un momento hubo que hacerle dos transfusiones de sangre; sólo sirve la de José, el menor de mis hermanos, y de los amigos, que se ofrecen todos,

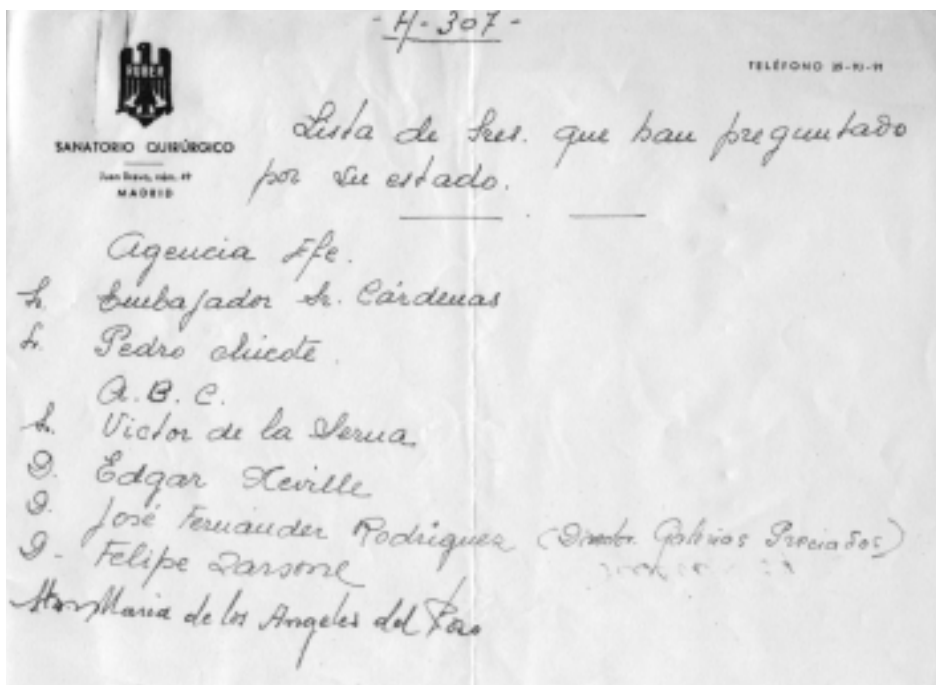
⁵ Miguel ORTEGA SPOTTORNO, *Ortega y Gasset mi padre*, ob. cit., p. 199.

la de Carlos Rodríguez Spiteri, el poeta malagueño, íntimo amigo de Miguel Ortega. Cuando están haciendo esta última transfusión, en portentosa lucidez y con ese agradecer generoso y alegre que era tan suyo, dice al donante: “Ya noto que me entra sangre de El Bulto y de la Coracha” —dos barrios populares de Málaga de fines del siglo XIX⁶.

También se cuenta que Ortega hizo traer hasta la habitación de la clínica su caja de boquillas de tabaco para fumar cada cigarro en una diferente; y que de entre todos los amigos y personalidades que se acercaron a verle, pidió que pasara el antropólogo Julio Caro Baroja, “Julito” como le llamaba Ortega, a quien le unía una buena amistad y con quien solía bromear y conversar a menudo.

Documentos:

Página de una de las listas confeccionadas en la clínica Rúber con las personas que se interesaban por el estado de salud de Ortega. [Septiembre-octubre de 1955].



⁶ Soledad ORTEGA SPOTTORNO, *Imágenes de una vida*, ob. cit., p. 58.

Relación de llamadas recibidas en la sede de *Revista de Occidente* durante la convalecencia de Ortega. [Septiembre-octubre de 1955].

RELACION DE LLAMADAS TELEFONICAS RECIBIDAS EN LA REVISTA.

Sr. Gonzalez Sabala.- del Bilbao
 D. Juan Navarro Palencia R.D. Pinar del Casado 21
 D. Saturnino Calleja Valencia 48
 Sr. Garcia Sol Cristóbal Bordin 21
 Sr. Valdovinoso Rivas. Madrid 93
 Sr. Masó Alonso Pinar del Casado 40
 Sr. Paredes Alcala 185
 D. Luis Alberto
 Dña. Consuelo Borge. Andres Mellado 60
 Sr. Delgado Benavente Pinar del Casado 3
 Sra. de D. José Vaga Carranza 4
 Sr. Botín Polanco.- desde Santander. Fortuna 3
 D. Juan Sampedro Madrid 53
 D. Antonio San Antonio. Madrid. Luperón 64
 Mundo Mispánico Pinar 17
 Sr. Valdecasas Llerena 18
 Sr. Garagarri M. Pinar 9
 Sr. Juan. Cordero Estudios Tolitón. - P.D. Marina Española
 Sr. De las Haras. Santa Praxeda 39
 Sr. Ruiz Castillo Almagro 38
 Sr. Cordero Alcala 91
 Sr. Fernandez Rioses Cristóbal Bordin 21
 Elias del Toro Quisada 2
 Sr. Garcia Sol
 Sr. Espina
 Sr. Carruchaga Andres Mellado 66
 D. Julio Caro Baroja Ruiz de Alarcón 42
 D. Florentino Irujo.- llamó desde Maraca. Universidad

Telegrama de Juan Ramón Jiménez. San Juan de Puerto Rico, 29 de septiembre de 1955.

RECIBIDO
 PREFIJO Y NUMERO, ORIGEN, PALABRAS, FECHA, HORA,
 = BR 128 SANJUANPR 21 29 0816 WESTERN UNION
 Telefonado a los
 = JOSE ORTEGA SPOTTORNO BARBARA BRAGANZA 12 MADRIDSPAIN =
 MUY PREOCUPADO NOTICIAS SU PADRE LE RUEGO LO ABRAZE EN
 MI NOMBRE = JUAN RAMON =

Recorte de prensa de una de las crónicas publicadas durante la convalecencia de Ortega. *ABC*: "La enfermedad de don José Ortega y Gasset". [5 de octubre de 1955].



Carta enviada a *Revista de Occidente* por Alfonso Reyes. México, 8 de octubre de 1955.



ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

**"Tenía fe de zapalero en la medicina",
afirma don Gregorio Marañón**

Eastg. Islands, —, KIPPA —

Valencia, 26. — Esta mañana, en la capilla de la Universidad y con gran asistencia de público, hubo una misa por el eterno descanso del alma de don Juan Ortega y Linares. Asimismo, organizado por el RSCV, se celebró un acto conmemorativo en memoria del Cuatro Plástico. — CIPRA

17-18 de octubre. Los últimos momentos

De todos los acontecimientos que rodearon la muerte de José Ortega y Gasset, uno de los que provocó más ríos de tinta fue el relacionado con la visita que el agustino Félix García efectuó al paciente en su habitación de la clínica. En realidad, la presencia del cura hubiera pasado por una más de no ser por el uso torticero que la prensa catolicista hizo de ella al afirmar, la mañana siguiente, que Ortega se había reconciliado con la Iglesia y que había abrazado la fe católica en el último instante de su vida. Algunos cronistas llegaban a informar, incluso, de que Ortega se había confesado, recibido la extremaunción y, con lágrimas en los ojos, besado el crucifijo.

Las diversas versiones de lo que allí ocurrió, entre ellas las de sus tres hijos, niegan esta circunstancia. Según Miguel, su padre “entró poco a poco en un estado de inconsciencia; no se daba cuenta, afortunadamente, de nada. Entonces mi madre nos dijo que deberíamos llamar a un sacerdote para que viera a papá. Avisamos al padre Félix García. Cuando llegó a la clínica yo le acompañé a la habitación que ocupaba mi padre y mi impresión es que ya no era él; no se enteraba. Y de que mi padre no fue creyente hasta el final, no hay duda”⁷. De hecho, los más cercanos a don José en estos instantes de su lucha contra la enfermedad, recuerdan que a su mujer le indicó: “Rosa, oriéntame. No veo claro lo que ocurre”; y al doctor Hernando, uno de los que le atendieron en sus últimos momentos, Ortega le dijo: “Quiero concentrarme para darme cuenta de la situación, y no puedo”.

En el mismo sentido, el pequeño de los hermanos, José, recuerda cómo fue su madre la que “autorizó la entrada en la habitación del moribundo al padre agustino Félix García. Éste salió contento con la visita, pero yo creo que mi padre, ya poco consciente, creyó ver entrar a su amigo el padre Félix, cuya amistad nacía de su simultánea admiración por san Agustín. En todo caso, los tres hermanos publicamos una carta en el *ABC* dejando las cosas en su sitio”⁸.

La carta a la que se refiere José fue escrita ante el uso cicatero que la prensa estaba haciendo de la visita del cura, arrastrando para sí la última voluntad de quien se había preocupado por vivir toda su vida acatólicamente. De la lectura de esta misiva se deduce la tribulación que los hijos debieron sentir por una cuestión tan delicada y en unos momentos tan sensibles. “Nuestro angustioso cuidado –una vez descartada la posibilidad de restablecer su salud– se centró en procurar respetar su conciencia que, ya obnubilada, no nos podía decir nada concreto”, e insistían en la cuestión

⁷ Miguel ORTEGA SPOTTORNO, *Ortega y Gasset, mi padre*, ob. cit., p. 201.

⁸ José ORTEGA SPOTTORNO, *Los Ortega*, ob. cit., p. 413.

del “acatolicismo” orteguiano: “Que nuestro padre puso durante toda su vida –y a la vez que Dios estuvo presente en su obra– el más pulcro cuidado, dentro del máximo respeto, de que todos sus actos –aun los que pudieran parecer más nimios– mostrasen su voluntad de vivir acatólicamente es cosa de la que no cabe a nadie la menor duda. Y de que, aun horas antes de la operación seguía en el mismo sentimiento y en semejante actitud no nos cabe duda a nosotros tampoco, por cosas que nos dijo en esos momentos”. También explicaban al ministro que cuando llegó el padre Félix, Ortega “tenía la cabeza impresionantemente perdida”. La carta terminaba con la protesta de los tres hermanos por el tratamiento “repugnante” que “un amplio sector de la prensa y de las agencias de información que no comprendemos como pueden llamarse católicos” estaba dando a la muerte de su padre. “Queríamos que todo esto constara por si algún día y ocasión es preciso recordarlo”⁹.

Ese día llegó y, efectivamente, hizo falta recordarlo. El 27 de abril de 1975 *ABC* entrevistó al padre Félix García, quien aseguró que Ortega había sido enterrado cristianamente. Los hijos del pensador entendieron que estas declaraciones suponían una buena ocasión para publicar en España la misiva que en su día enviaron al ministro y que había permanecido inédita. El 28 de mayo de 1975 quedaba por fin restituida la verdad sobre la muerte de Ortega con la publicación, en *ABC*, de la versión de los testigos más directos y autorizados que siempre ha habido sobre esta cuestión, como lo son sus hijos.

Hay que decir que este episodio ha sido tratado por todos sus biógrafos, entre ellos Javier Zamora, quien ratifica que “Ortega había recibido los sacramentos, por petición de su mujer, y con su consentimiento, pero *sub conditione*”, expresión con que la Iglesia manifiesta el desconocimiento del estado del alma a la que va dirigida la absolución, pues “llevaba varios días sedado para poder soportar los dolores”. Zamora llega a afirmar, incluso, que “antes de la operación había insistido en su condición de no católico”¹⁰.

Ruiz-Giménez contestó a Miguel, Soledad y José a vuelta de correo. En su misiva, redactada con un tono afectuoso y cercano, el ministro mostraba su comprensión por que hubieran decidido no participar en las misas públicas por el alma de su padre, e incluso les explicaba que nos les había invitado personalmente al acto que se iba a celebrar en la Ciudad Universita-

⁹ Carta enviada por Miguel, Soledad y José Ortega Spottorno al ministro de Educación Nacional Joaquín Ruiz-Giménez. Madrid, 23 de octubre de 1955. Reproducida por Soledad Ortega.

¹⁰ Javier ZAMORA BONILLA, *Ortega y Gasset*, ob. cit., pp. 486-487.

ria “para no turbar en lo más mínimo vuestra libertad de acción”. En cuanto al objeto que motivó la carta aclaratoria de los hijos, Ruiz-Giménez se mostraba condescendiente con la manipulación de la prensa y restaba importancia a tal indignación: “También yo lamento y repruebo que la ligereza o imprudencia de algún periodista sacase las cosas un instante de su cauce natural. Por ventura, Dios ha querido suscitar la intervención discretísima del padre Félix, que ha puesto de nuevo las cosas en su punto. Disculpad, por consiguiente a los que con buena intención aunque escaso tacto, dieron otro aspecto a la realidad de los hechos”. El ministro zanjaba la cuestión apelando a la resignación cristiana: “También nosotros tenemos que perdonar a los que desde otro ángulo han pretendido –incluso desde agencias internacionales– difundir, dentro y fuera de España, una triste versión contraria. Son, en uno y otro caso, actitudes parciales que, por respeto y cariño a la memoria misma de vuestro padre debemos de superar quienes de verdad sentimos admiración y gratitud hacia lo que fue su persona y su obra”¹¹.

En una reciente obra de José Luis Abellán en la que, entre otras cuestiones, se expone una interesante vinculación entre la muerte de Ortega con la primera protesta estudiantil en tiempos de Franco y sus consecuencias venideras, el autor alude a este mismo episodio de “manipulación indigna que pretendía desvirtuar una vida que –según sus propias manifestaciones– había preferido conformarse «acatólicamente» en todos sus actos”¹². Para Abellán, esta reacción de la prensa y la carta de los hijos “hay que verlo en la polémica suscitada en los años anteriores –y muy especialmente a partir del año 1946, en que Ortega regresa a Madrid de su exilio en Argentina y Portugal– en torno a orteguianos y antiorteguianos. El eje de la citada polémica era precisamente el «acatolicismo» orteguiano, al que se atribuía –junto con Unamuno– la «desviación ideológica de la juventud»”¹³. El autor entrecomilla esta expresión y permite que sea Pedro Laín Entralgo, entonces rector de la Universidad Central de Madrid, el que la comente: “¡Unamuno y Ortega envenenadores de las mentes juveniles y autores incompatibles de los ideales de la Cruzada! Entre risa, irritación y vergüenza produce hoy la lectura de estas palabras: pero así era muy buena parte de la «católica España»”¹⁴.

¹¹ Carta de Joaquín Ruiz-Giménez a Miguel, Soledad y José Ortega Spottorno. Madrid, 24 de octubre de 1955, depositada en el Archivo Ortega y Gasset.

¹² José Luis ABELLÁN, *Ortega y Gasset y los orígenes...*, ob. cit., p. 216.

¹³ *Ibidem*, p. 217.

¹⁴ Pedro LAÍN ENTRALGO, *Descargo de conciencia (1950-1960)*. Barcelona: Barral Editores, 1976, p. 408, citado por ABELLÁN, *Ortega y Gasset y los orígenes...*, ob. cit., p. 217.

Para Abellán, la campaña periodística montada alrededor de la conversión tiene sentido pues no sólo se pretendía “el desprestigio de la obra orteguiana ante los ojos de la juventud, sino el intento de incluirle en el *Índice* de los libros prohibidos por la Iglesia”. Por este motivo, “si no se le podía incluir en el *Índice* ni fulminar con un anatema o una excomunión, una conversión a última hora hubiera representado un triunfo inconmensurable para aquellos católicos que todavía entendían el apostolado de manera tan superficial y formalista. Ello les hubiera permitido hablar no sólo de la conversión, sino hacer un repudio automático de toda su obra”¹⁵.

La abundante literatura que provocó esta polémica no sólo procedía del integrismo catolicista que veía en el acto de reconciliación con la Iglesia algo más que una simple victoria; la verdad es que también hubo artículos en contra, aunque claro está que no se publicaron en España. Entre los que tomaron la pluma para defender la memoria de Ortega estaba el socialista Indalecio Prieto, que se lanzó a la arena con dos artículos publicados en el periódico *El Socialista*, órgano del PSOE y de la UGT editado desde Toulouse: “En desagravio” del 3 de noviembre de 1955 y “El cadáver del incrédulo” del 8 de diciembre de 1955. En el primero, Prieto acerca al lector los recuerdos que conserva de Ortega, como algún diálogo mantenido entre ambos, y glosa varias anécdotas de cierto interés, como la siguiente: “Cuando regresó del exilio quiso reanudar la publicación de su *Revista de Occidente*, suspendida desde 1936. Hizo la solicitud y el ministro ponente la llevó con un dictamen favorable a una reunión del Gobierno presidida por el general Franco. «El señor Ortega Gasset –objetó un consejero adulón– lleva algún tiempo en Madrid y todavía no ha venido a cumplimentar a su Excelencia». «Es verdad –ratificó el Generalísimo– no ha venido a cumplimentarme». El ponente metió la solicitud en el portafolio sin que nadie hablase palabra más sobre el asunto”¹⁶.

En el segundo artículo, centrado en el asunto de la conversión, Prieto explicaba que ser acatólico no significaba, por lo menos en el caso de Ortega, ser enemigo de la Iglesia católica, y apoyaba sus críticas contrastando el tratamiento periodístico de “los jovenzuelos de *Signo*” en comparación con la distancia mantenida por el periódico católico francés *La Croix*, que negaba la confesión de Ortega y atribuía todo el revuelo al interés del poder político por explotar una supuesta conversión del apóstata¹⁷.

¹⁵ *Ibidem*, p. 218.

¹⁶ Indalecio PRIETO, “En desagravio”, *El Socialista*, Toulouse, 3 de noviembre de 1955, p. 2.

¹⁷ Indalecio PRIETO, “El cadáver del incrédulo”, *El Socialista*, Toulouse, 8 de diciembre de 1955, p. 2.

Además de Prieto, otros exiliados se pronunciaron sobre este particular, como el escritor Luis Araquistáin, que publicó “En defensa de un muerto profanado”¹⁸. Araquistáin, que si bien no tenía una relación muy amistosa con Ortega sí lo conocía bien, pues, entre otras cosas, le sucedió en la dirección de la revista *España* y fue constante editorialista de *El Sol*, habla en su artículo de la “indignación profunda” que le ha causado “conocer las bajas trapicerías que ha empleado la Iglesia española para profanar el cadáver de Ortega y deshonorar su memoria. [...] No es menos profanación que se dé sepultura religiosa a quien no profesaba religión alguna”, escribió.

Muere Ortega

Al margen de estériles polémicas, lo que irreparablemente ocurrió el 18 de octubre de 1955, a las 11.20 de la mañana, es que fallecía José Ortega y Gasset en su domicilio de la calle Montesquenza. Por la noche, su familia y algunos de sus discípulos íntimos velaron el cadáver del maestro. En una habitación próxima, los más cercanos, entre los que se encontraban Fernando Vela, Emilio García Gómez, Carlos Rodríguez Spiteri, José Ruiz Castillo, Julián Marías, Antonio Rodríguez Huéscar, Paulino Garagorri y alguno más, celebraron una simbólica tertulia leyendo, en voz alta, pasajes orteguianos referidos al problema de la muerte.

La desgraciada noticia corrió como la pólvora, tanto que incluso algunos periódicos extranjeros ya se hacían eco de ella en sus ediciones vespertinas del día 18. Simultáneamente, comenzaron a llegar multitud de pésames, tanto al domicilio de Ortega como a la *Revista de Occidente*.

La revisión de toda esta documentación, ahora que se cumplen cincuenta años, nos traslada la gran conmoción que provocó el trágico desenlace. Por un lado, las cartas y pésames de ilustres personalidades procedentes de todas partes permiten calibrar el gran calado que su figura y su obra habían alcanzado entre la intelectualidad española y del resto del mundo. Se conservan sentidas cartas de condolencia enviadas a la familia de Ortega por muchas personalidades españolas, como Jorge Guillén, Ramón Gómez de la Serna, Dionisio Ridruejo, Vicente Gaos, Ramón Menéndez Pidal, Victoria Kent; y

¹⁸ Este artículo se halla reproducido en varios lugares. Apareció por primera vez en *El Socialista*, Toulouse, 1 de diciembre de 1955. Posteriormente se publicó en la revista *Sur*, núm. 241, Buenos Aires, julio-agosto de 1956. Finalmente, “En defensa de un muerto profanado” también apareció en *Leviatán*, Madrid, 1991, núm. 45, 2ª época.

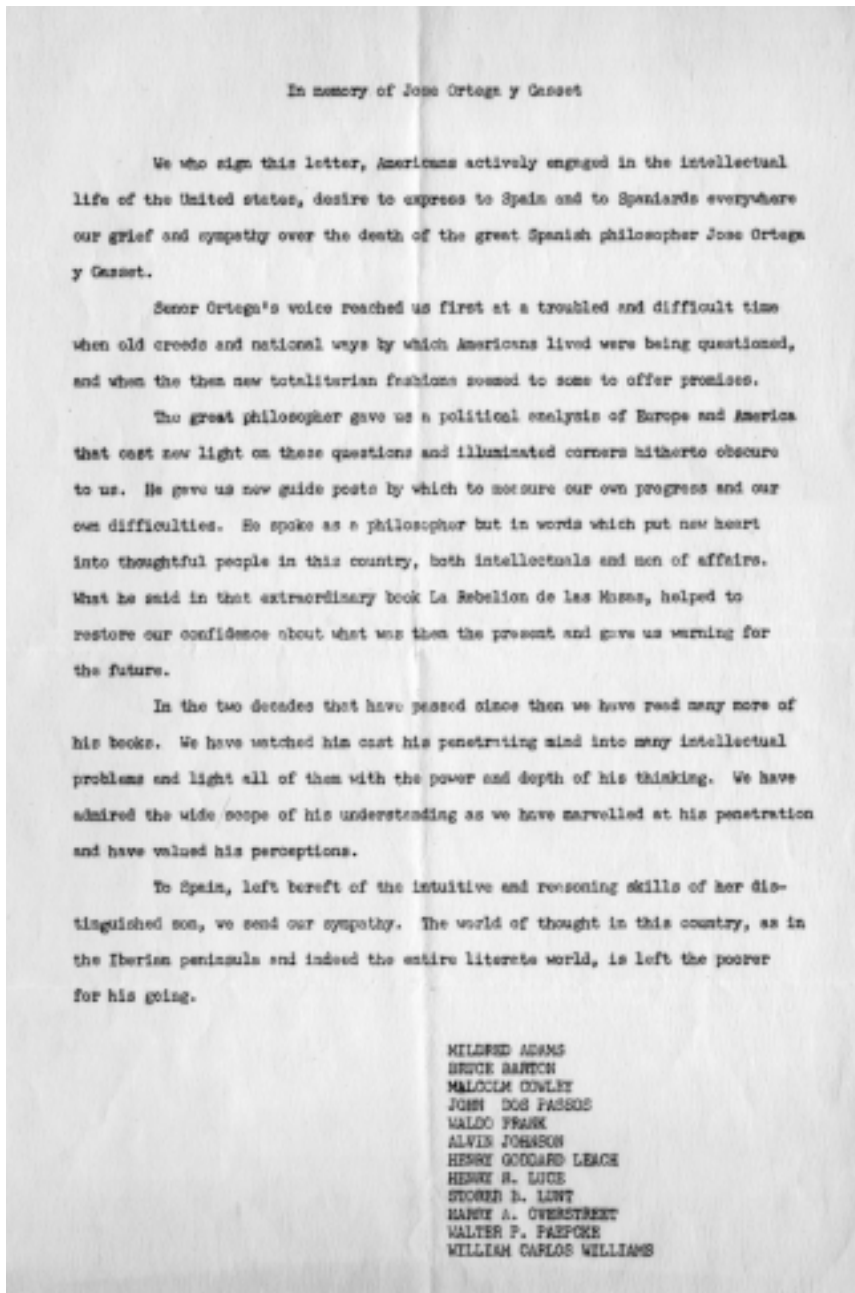
también extranjeras, como el príncipe Adalberto de Baviera, o el compositor Igor Stravinsky, en cuyo pésame pedía a su interlocutor en España: “Por favor, traslade mi más sincero pésame a la viuda de José Ortega y Gasset. El fallecimiento de este gran hombre me apena profundamente”.

Un grupo de intelectuales estadounidenses, entre los que figuraban el hispanista Waldo David Frank, el escritor John Dos Passos, el prestigioso editor periodístico Henry Robinson Luce, el editor de las obras de Ortega en Estados Unidos, Storer B. Lunt, o el poeta William Carlos William, elevaron un pésame al pueblo español en el que reconocían que fue Ortega quien, gracias al análisis político de Europa y América, esclareció los problemas y ángulos oscuros que las acechaban. “Hablaban como filósofo –decían desde Estados Unidos– pero con palabras que remozaban el corazón de la gente alerta en este país, tanto de intelectuales como de financieros”, y reconocían que gracias a lo que Ortega vaticinó en *La rebelión de las masas*, pudieron “restablecer la confianza en lo que entonces era el presente y nos sirvió de advertencia para el futuro”.

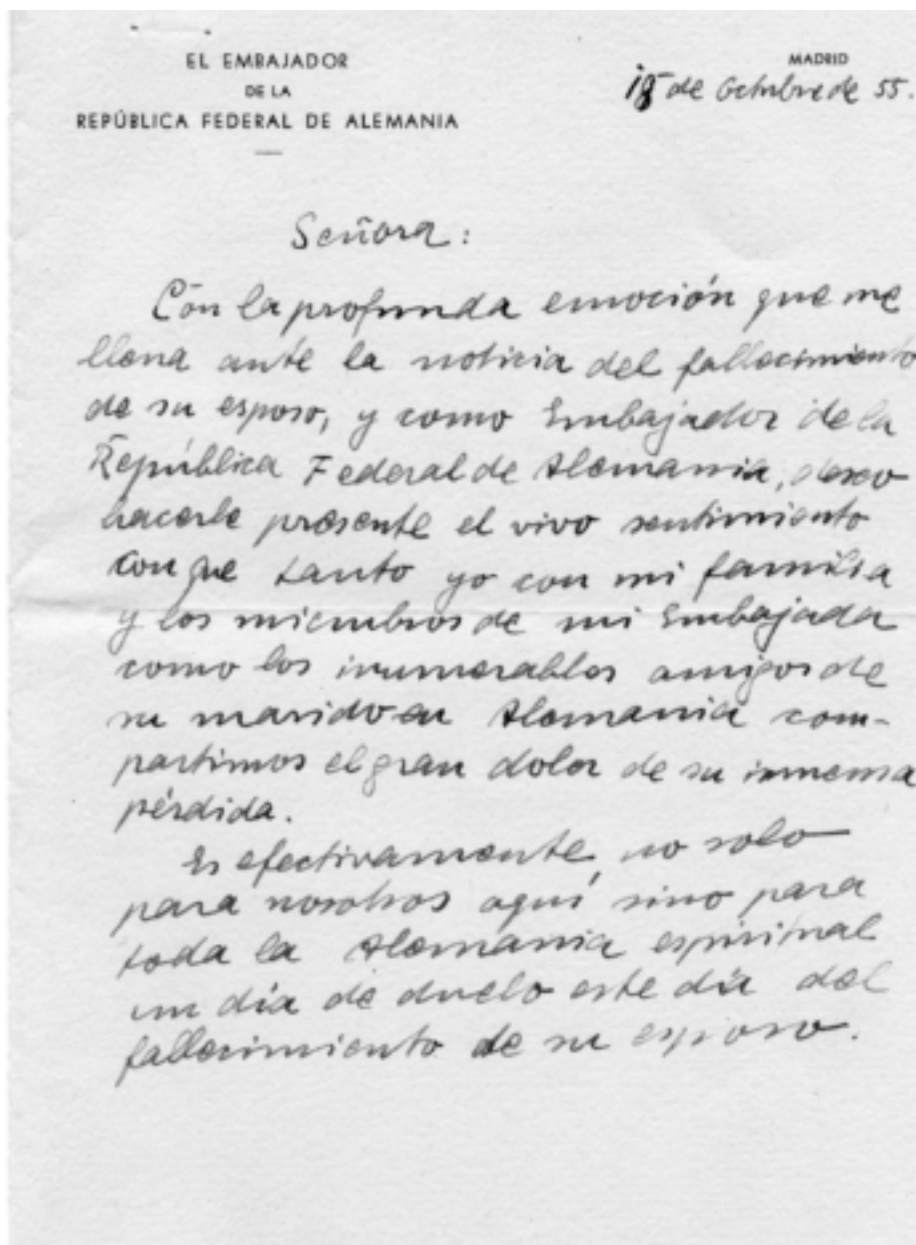
Además de estos testimonios, las cerca de dos mil firmas y condolencias expresadas por gente anónima en los pliegos expuestos para tal fin en el portal de Montesquiza, nos ayudan a comprender la otra cara de la muerte del hombre Ortega, su grandeza, su humanidad. Así, junto al pésame de embajadores y aristócratas, de escritores y artistas, de políticos y periodistas de renombre, también se acercaron a despedir a don José, con un emocionado recuerdo, los que tuvieron algún roce cotidiano con él y a los que el insigne pensador gustaba tratar con sencillez y amabilidad, como sus vecinos, la portera de su edificio, el barbero, un lector anónimo, un estudiante agradecido, gentes que sintieron con igual pesar la muerte del filósofo español.



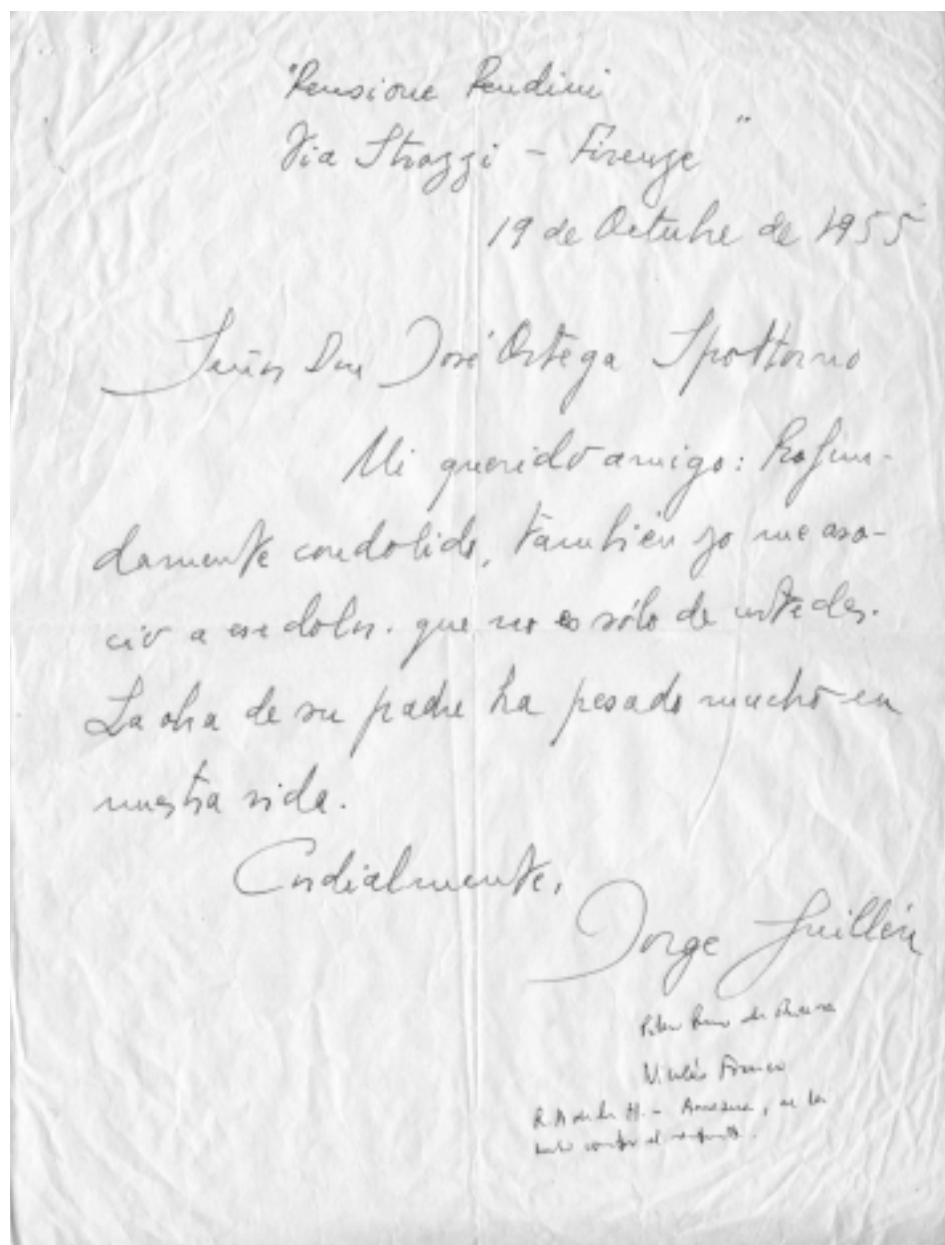
Copia mecanografiada de la carta de pésame enviada por un grupo de intelectuales estadounidenses. [Octubre de 1955].



Primera página de la carta de pésame enviada por el príncipe Adalberto de Baviera, embajador de la República Federal de Alemania en España, a Rosa Spottorno. 18 de octubre de 1955.



Carta de Jorge Guillén. Florencia, 19 de octubre de 1955.



Carta de Ramón Gómez de la Serna. Buenos Aires, 20 de octubre de 1955.

Buenos Aires 20 Octubre 1955

Mi muy querido Jose:
 no creí que iba a escribir
 nunca una carta tan llena
 de tristeza, pues me imagino
 lo que sufrió su gran líder
 y lo que sufrieron todos ustedes.

Con muchos afectos a
 su mamá y a todos los
 suyos, los de él, los
 que también son los míos,
 reciba abrazos y condolencias
 de RAMÓN

Lúscita se me a mi
 dolor y a mis pesames.

Carta de Dionisio Ridruejo. Barcelona, 21 de [octubre de 1955].

C. DIONISIO RIDRUEJO
NARTABE, 21. 1.
MADRID Ilyz 33.
vino 21.

Querido Miguel: una triste
coincidencia - encontrarme en Bar-
celona sin medios de vuelta - me
ha impedido acompañaros y estar
con mi existencia al lado de
tu padre el muchacho que me
muerte me ha costado y la edu-
cación y el espíritu que siempre me
cuenta por el y me lo conozco.

Te envío estas líneas por que
me has puesto ante tu madre
y tus hermanos con toda mi devo-
ción. Todos hemos pasado en soli-
tud y pobreza en la infancia y
todos los aspectos bien conocidos
potenciales en esta día 2 vuestro
familia y estimo con vuestro dolor.
un abrazo muy fuerte de
Néstor Ridruejo

Primera página de la copia mecanografiada de la carta enviada por los hijos de Ortega al ministro de Educación Nacional, Joaquín Ruiz-Giménez. 23 de octubre de 1955.

Madrid, 23 de Octubre de 1955

Excmo. Sr. D. Joaquín Ruiz-Giménez
Ministro de Educación Nacional
Madrid

Querido Joaquín:

Si no nos parece posible lograr consolarnos de la muerte de nuestro padre, quizá pueda ayudar a nuestra resignación la expresión de cariño y admiración que ha habido hacia él en estos tristes días, en todo el mundo y particularmente en España. Y queremos testimoniarte a ti el primero nuestro agradecimiento perdurable por la ternura y comprensión que has mostrado hacia nuestro padre desde las primeras noticias de su enfermedad, como amigo y como Ministro de Educación Nacional, actitud que nunca olvidaremos.

Nuestro angustioso cuidado - una vez descartada la posibilidad de restablecer su salud - se centró en procurar respetar su conciencia que, ya obnubilada, no nos podía decir nada concreto. Que nuestro padre pasó durante toda su vida - y a la vez que Dios estuvo presente en su obra - el más pulcro cuidado, dentro del máximo respeto, de que todos sus actos - aun los que pudieran parecer más nimios - mostrasen su voluntad de vivir acatadamente es cosa de la que no cabe a nadie la menor duda. Y de que, aun horas antes de la operación, seguía en el mismo sentimiento y en semejante actitud no nos cabe duda tampoco a nosotros, por como que nos dijo en esos momentos. Despues de la operación solo Dios lo sabe. Atendimos el deseo ferviente de nuestra madre de que le visitase el padre Félix García, por cuya persona y por cuya Orden había tenido nuestro padre siempre clara simpatía, y el

.//.

Carta de Vicente Gaos. Nueva York, 23 de octubre de 1955.

FORDHAM UNIVERSITY
Graduate School of Arts and Sciences
New York, N. Y. 23 October 1955

DEPARTMENT OF ROMANCE LANGUAGES

Mi querido Pepe Ortega:

La noticia del fallecimiento de tu padre me ha causado verdadera emoción y sentimiento. Sólo hablé con tu padre dos veces, pero bastaron para sentir por su figura humana tanta profunda simpatía como admiración y devoción tengo por su obra. No puedo decirte trivialmente que te acompaño en el sentimiento, porque estoy demasiado apesadado de veras para frases de ritual. Con todo dolor, recibe un cordial abrazo de tu devoto,

Vicente Gaos

Te envío dos recortes, uno de "La Prensa" y otro del "New York Times", bien insuficientes e inadecuados los dos, por desgracia.

Nota manuscrita de Ramón Menéndez Pidal. 24 de octubre de 1955.

EL DIRECTOR
DE LA
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Se D. Miguel Ortega Spottorno

Mi querido amigo. recibo del Consul argentino la carta que le adjunto y cuyo encargo respeto a la Academia cumpliré. Con este motivo recibo una vez más a su Madre y a Vds. todo mi más afectuoso y profundo sentimiento por la insoportable pérdida que la aflige, pérdida irreparable para toda España. Salda siempre suyo buen amigo

24 oct. 55

Ramón Menéndez Pidal

Telegrama del compositor Igor Stravinsky. [Octubre de 1955].



ABC: "La muerte de Ortega". 28 de mayo de 1975.



Recepción periodística de la muerte de Ortega

Como se advirtió al comienzo de este itinerario, la noticia de la muerte de José Ortega y Gasset fue tratada de un modo desigual por la prensa española y extranjera. Mientras las consignas dadas en el interior determinaron el modo en que los periódicos informaron de la enorme pérdida nacional, los rotativos extranjeros, libres del yugo de la censura, no encontraron más límites que la capacidad de sus propios escritores para glosar la personalidad y la obra del ilustre finado. Veamos cómo fue la recepción periodística de la muerte de Ortega dentro y fuera de España.

La prensa española o el “régimen del cuentagotas orteguiano”

El control de la prensa durante la dictadura de Franco es una coyuntura de la historia del periodismo suficientemente estudiada como para hacernos una idea cabal de la falta de libertad de expresión que la sociedad española padecía en los años cincuenta. No se trataba sólo de la censura previa de los contenidos, que se suele poner como ejemplo de la medida más expeditiva para el control de los periódicos. También existía toda una maquinaria propagandística al servicio del régimen que consideraba a la prensa como una más de las herramientas empleadas en la propagación de los valores del Movimiento. De hecho, en el periodo que nos movemos, la Dirección General de Prensa estaba controlada por la Vicesecretaría de Educación Popular, dependiente a su vez de la Secretaría General del Movimiento, y ésta del Ministerio de la Presidencia.

Ya vimos al principio cuáles fueron las consignas dadas a la prensa sobre el tratamiento periodístico de la muerte de José Ortega y Gasset, con la obligación de poner de relieve sus “errores” en materia política y religiosa. Efectivamente, con el texto de la consigna por delante, no podemos evitar ponernos en lo peor e imaginarnos que se produjo una terrible *escabechina*, pero, en honor a la verdad, lo cierto es que los periódicos en general pudieron dar buena cuenta ante sus lectores y ante la memoria colectiva de España de la muerte de su más grande filósofo contemporáneo. Si bien todos citaron con mayor o menor detalle el aspecto del acatolicismo orteguiano, sólo se cebaron en este particular los panfletos del integrismo religioso, no la prensa generalista.

Los principales rotativos sortearon como pudieron los controles y, tras algún enfrentamiento con el poder mantenido el mismo día que murió Ortega, fueron arrancando con paciencia a la Dirección General un buen número de artículos con el visto bueno. Podemos decir, parafraseando al director de *ABC* Luis Calvo, que había comenzado el “régimen del cuentagotas orteguiano”.

Calvo sentía una profunda admiración por la obra de Ortega, además de la amistad personal que le unía tanto al maestro como a sus hijos. La metáfora del “cuentagotas” se comprende mejor cuando conocemos los avatares que tuvo que padecer como director de *ABC* para cubrir periodísticamente la noticia, episodio que podemos recrear gracias a la correspondencia mantenida aquellos días entre Calvo y el hijo pequeño de Ortega, José, a quien el veterano periodista mantuvo puntualmente informado de sus pesquisas con los censores. En concreto, en el Archivo se hallan depositadas tres cartas enviadas por Luis Calvo a José Ortega Spottorno en las que le refiere diversos asuntos relacionados con la censura de artículos sobre la muerte de su padre. En una de ellas decía: “Se acaba de autorizar la crónica de Francfort. Saldrá mañana. [Igual] me dicen que el sábado se autorizará para el domingo la crónica de Roma. Y que el lunes se autorizará la de Garagorri. Ha empezado el régimen del cuenta gotas orteguiano”.

Hay que aclarar, eso sí, que de la prensa nacional generalista, *ABC* fue quien más espacio dedicó a la información relacionada con la muerte de Ortega, y su caso, además de ilustrar cómo eran las relaciones con el poder político, se puede extrapolar a otros medios que sufrieron semejante desventura.

Entre los testimonios que verifican estas afirmaciones se encuentra uno de los artículos citados de Indalecio Prieto en *El Socialista*, donde asegura que “mientras el ministro de Educación Nacional defendía la libertad de los periódicos para publicar todo lo referente a Ortega con arreglo a sus respectivos criterios, el ministro de Información, Propaganda y Prensa envió una orden a los directores de los diarios para que «como máximo se le dedicaran dos columnas, encabezadas con su retrato, y señalando sus errores doctrinales e ideológicos». *ABC* se negó a obedecer la orden, a pesar de la intervención amistosa de Raimundo Fernández Cuesta cerca de Luis Calvo, director del periódico, quien le contestó al ministro-secretario del Movimiento: «Podéis venir y embargar la edición, pero no retiro nada de lo ya impreso, ni, por esta vez, lo envío a la censura». El resto de la prensa, al enterarse de lo ocurrido con *ABC*, recabó también su libertad para dedicar a Ortega todo el espacio que bien le pareciera. *Arriba*, órgano de la Falange, anticipó tanto al ministro de Información, Arias Salgado, como al del Movimiento, Fernández Cuesta, que haría lo mismo. *ABC* fue multado con cinco mil pesetas por no mandar las galeradas a la censura. Según mis noticias, no las pagará. Mi impresión es que Luis Calvo estaba de acuerdo con Ruiz-Giménez, ministro de Educación Nacional, y seguro de que la multa no se haría efectiva”¹⁹.

¹⁹ Indalecio PRIETO, “El cadáver del incrédulo”, *El Socialista*, Toulouse, 8 de diciembre de 1955, p. 2.

La mayor parte de los artículos sobre Ortega acabaron, con cuentagotas, viendo la luz en *ABC* y, por simpatía, en el resto de periódicos, lo que no significó que se dulcificara el clima de represión de la libertad de expresión. La censura franquista continuó implacable hasta la Ley de Prensa de 1966, llamada metonímicamente “ley Fraga” por ser Manuel Fraga Iribarne su impulsor. Uno de los avances que introdujo fue la desaparición de la censura previa, si bien el control de las publicaciones continuó por otros métodos igual de eficaces y expeditivos que no viene al caso comentar ahora, aunque es justo anotar que la “ley Fraga” y el nuevo clima de libertad de prensa resultaron imprescindibles para que surgiera el llamado “parlamento de papel” y a los pocos años cuajara la Transición. No obstante, el año de 1955 e inmediatos todavía fueron años de severa censura periodística.

A pesar de todo, entre las crónicas y necrológicas se colaron algunos testimonios que hoy nos permiten hacernos una idea de cómo los españoles vivieron la trágica noticia. Por ejemplo, a *Azorín* le pilló convaleciente de una operación que le practicaron al tiempo que a Ortega. Acerquémonos a los sentimientos de duelo del escritor alicantino por medio de una entrevista que le hizo *ABC* y que decía así:

El único dolor que he padecido ha sido de orden moral, el profundo dolor por la muerte de Ortega. Era un maravilloso artista literario. Era eso ante todo, para mí.

—Tal ha escrito D. Pío Baroja [*interviene el periodista*].

—No leo nada todavía, y, claro está, tampoco escribo. Tengo que reponerme. Creo que en la espléndida formación literaria de Ortega influyeron Chateaubriand y Barrés. Yo hablé en más de una ocasión de esto con el propio Ortega, que no se mostraba muy propicio a reconocerlo, no obstante convenir que Chateaubriand es la gran literatura.

—¿Qué influjos tenía de él y qué afinidades? [*le pregunta el entrevistador*].

—Poseía el gusto y el sentido de lo aristocrático, el hondo sentimiento político y un estilo literario purísimo, que se enriquecía con un poder de plasticidad extraordinario y con una audacia sorprendente en las imágenes. Era, a la par, profundo, elocuente y sensitivo.

[...] —De toda la obra de Ortega, ¿cuál es el libro que prefiere, maestro?

—*España invertebrada*. Yo escribí entonces, cuando se publicó por vez primera, un artículo que a Ortega le gustó mucho, al extremo de que me pidió permiso, y yo se lo di, como es natural, para reproducirlo como propaganda editorial.

—¿Y cómo filósofo?

—Mi campo es la literatura. No soy yo quien ha de opinar sobre eso.

—Otra coincidencia con Baroja.

- No me extraña; él y yo somos hombres de literatura y no de filosofía.
- Entonces, juzgándole como escritor...
- Ha dejado un vacío que no sabemos cuándo podrá llenarse. Y esta vez no es una frase hecha.

Precisamente Pío Baroja publicó en *ABC* el 19 de octubre de 1955 una interesante necrológica sobre Ortega titulada “El primer español de nuestra época”, en la que destacaba, sobre las demás, la misma cualidad que Azorín: la singularidad literaria.

No me atreveré a asegurarlo de una manera dogmática, pero creo que Ortega es el primer escritor español de nuestra época; Ortega se ha destacado en la literatura española con un vigor extraordinario. Su prosa es soberbia y trabajada hasta la perfección. La juventud debe de estudiarla continuamente.

Yo no soy un hombre que sabe escribir con equívocos. Como no tengo apenas responsabilidad, escribo lo que pienso sobre los demás sin ningún reparo, y si creo que Ortega era más de la raza de los grandes escritores que de la de los filósofos, lo digo con cierta alegría, porque los filósofos, en general, quitando a Schopenhauer y Nietzsche y tal vez algún otro, son un tanto pesados y poco agradables de leer.

Soy demasiado viejo –por otra parte– para señalar con exactitud los grandes hallazgos de Ortega en la Literatura y en la Filosofía. Sé que en las dos ha dejado un rastro magnífico. Pero para mí, el hombre valía tanto como la obra, o más. Recuerdo a Ortega muy joven, casi adolescente, a comienzos de este siglo, o a finales del anterior. Hablaba ya con una dignidad y una originalidad extraordinarias. No recuerdo a otro que se le pueda comparar. Ortega, nervioso, de estatura mediana, de mirar profundo, tenía el aspecto de los grandes hombres de verdad, no de esos personajes teatrales que a veces se confunden con ellos. Su obra es obra de juventud y de brío.

En otros periódicos se pudieron leer igualmente encomiásticos artículos elevados en memoria del pensador y, aunque carecemos de espacio para glosarlos todos, una sucinta muestra nos permitirá configurarnos cómo trató la prensa la triste noticia. Dejemos que hablen los periódicos de la época.

El diario vespertino *Madrid* llevó a su portada el editorial de aquel 18 de octubre bajo el titular: “Ha muerto esta mañana don José Ortega y Gasset”. A continuación decía:

No por temida y esperada ha sido menos sentida la muerte de don José Ortega y Gasset ocurrida en la mañana de hoy, tras muchos días de una enfermedad cuyo desenlace habían previsto los facultativos, desde el primer instante.

Con Ortega y Gasset pierde España uno de sus valores intelectuales más altos, y cualesquiera que hayan podido ser sus errores, no hay duda de que en

todo momento estuvo animado por un profundo amor a la Patria, a la que retornó precisamente cuando, después de nuestra liberación, era mayor la hostilidad extranjera y más inicu el cerco diplomático que se había montado en torno a ella. Precisamente por eso regresó y no por otros motivos que, aun habiendo sido legítimos, no habrían sido tan nobles.

En torno a la figura de Ortega y Gasset, sobre todo por su actitud ante el problema religioso, pueden hacerse muchas reservas; pero, por razones obvias, es evidente que no nos corresponde señalarlas a nosotros. En esta hora penosa para quienes le profesamos siempre respeto y admiración aun viviendo en ambientes muy distantes del suyo, lo que sobre todo nos consterna es la pérdida irreparable que sufren las letras españolas, porque Ortega y Gasset era, ante todo, un escritor admirable, cuya prosa límpida, diamantina, hacía el milagro de renovar en cada tema el valor expresivo de los viejos vocablos castellanos. Era, además, un hombre bondadoso, comprensivo, apasionado de España, lejos de la cual, sin embargo, gozaba un renombre de pensador que iba aumentando en los últimos tiempos día por día. No es en unas líneas trazadas a su muerte donde puede estudiarse personalidad tan señera.

A la ilustre familia del difunto, y en especial a su viuda e hijos, expresamos el testimonio de nuestra más sincera condolencia.

Sin mucho esfuerzo se percibe el tufillo de las consignas dadas a los periódicos sobre la puesta de evidencia de los errores de Ortega en materia religiosa y política, aunque no todas las necrológicas estuvieron cortadas por el mismo patrón, sobre todo las que se fueron publicando en los días sucesivos a su muerte. Por ejemplo, en varios artículos se resaltaba su condición de madrileño y se glosaba la figura del pensador recorriendo las calles de Madrid. Sin ir más lejos, el 20 de octubre encontramos en el mismo diario *Madrid* una necrológica firmada por Sainz de Robles²⁰ titulada: “Paisaje con un filósofo al fondo: Ortega y Gasset, madrileño”, donde se puede leer:

Ya escribirán –y hablarán– mucho y bien de Ortega y Gasset filósofo, pensador, literato, curioso y planteador de los problemas “a su aire”, quienes son sus discípulos y admiradores. Ellos, tan entrañados con sus doctrinas y con su amistad, ya sabrán, ya, presentarle clarificado, interpretarle con agudeza, colocarlo en el alto pedestal que le corresponde, tanto por su clarividencia espi-

²⁰ Según consta en el *Catálogo de periodistas españoles del siglo XX*, p. 546, Federico Carlos Sainz de Robles y Correa, licenciado en Derecho y en Filosofía y Letras, fue archivero y bibliotecario del Ayuntamiento de Madrid desde 1926; escritor, cronista oficial e hijo predilecto de Madrid; colaborador de *La Voz*, 1920, y de *La Libertad*; redactor de *La Nación*, 1925; colaborador de *ABC*, *Pueblo*, *Semana*, *Ondas* (1955), *Juventud*, *Nuevo Mundo*, *El Español* y *Mundo Hispánico*; crítico literario del diario *Madrid*, 1952–72; Premio Nacional de Crítica Pardo Bazán, 1966; colaborador de *Villa de Madrid*, 1976–81; Premio Nacional de Teatro en 1953 y 1963; autor de numerosos libros, como *Diccionario de mujeres célebres*, 1959; *Ensayo de un Diccionario de la Literatura*, 1973; *La promoción de “El cuento semanal”*, 1975; *Breve historia de Madrid*, 1970 y *Madrid, teatro del mundo*, 1981.

ritual como por la grandeza de sus ideas claves. A mí, ahora, cuando aún me bazuquea el nervio doloroso de su ausencia definitiva, no quiero que me importen su curiosidad, su literatura, su pensamiento, su filosofía. Quiero que me preocupe sólo el Ortega y Gasset hombre de estilo, hombre con su escenario fundamental, hombre representante plenipotenciario de su tierra nativa: Madrid.

[...] Yo quiero figurarme ahora a don José Ortega y Gasset figura única, neta, sobre el escenario madrileño más eterno, más inmune a boberías folklóricas. Su figura admirable recorre con pausa la escena realizada para lo definitivo por don Diego Velázquez. Es una figura magra, cetrina, de ademanes y gestos atrayentes. Camina con pausa y se detiene con parsimonia. Se le adivina ya ensimismada, ya perpleja. Pero, ante todo, comprueba quien sepa mirarla desde mi punto de contemplación, que la figura se mueve y respira “a gusto”. ¿Se da cuenta ella de la armonía que existe entre su mensaje y su escenario?

[...] Madrid es una ciudad transida de suave escepticismo, removida suavemente por la melancolía, amante de las palabras bellas continentes de almendrillas agridulces. Madrid piensa con sutileza, contempla con acucia, respinga con delicada gracia, desiste sonriente, alcanza sin alharacas, camina sin estruendo, se ensimisma con frecuencia, desaparece sin acrimonia, sugiere a puros pálpitos, postula valiéndose de imágenes poéticas, explica con riqueza de vocablos llevados a su legítima significación. El estilo de Madrid es ese... no parecerse a nadie mientras estiliza su signo y su destino. [...] Pues este estilo de Madrid es el estilo de Ortega y Gasset.

[...] No llegué a ser presentado a don José Ortega y Gasset. Acaso por ello me interesó tanto o más el hombre que el filósofo. Pero muchas veces le vi, paseante, solo, por la Castellana, por las calles más señoras de los barrios de Salamanca y Almagro. Era la primavera o era el otoño. Cubría su cabeza con sombrero de fieltro de alas muy cortas y levantadas. Juntaba sus manos a la espalda. Caminaba lento, parsimonioso. Poseía una silueta juvenil. No me pareció la más de las veces ensimismado, sino muy fruido de cuanto acontecía en torno suyo, predispuesto a saborear, a enjuiciar. En sus labios, casi siempre, se insinuaba un estado de ánimo sonriente. Y, acaso sin quererlo él, traducía con apariencia de gran ciudadano de incógnito “un estar a gusto sobre la escena madrileña”; y una seguridad “de ser fiel a sí mismo” bajo aquel cielo luminoso, sutil y alto, recortado en aquellos filtradísimos colores, acariciado en aquel hábito casi secreto que le brindaba su Madrid. Los dos, ciudad y hombre, grandes señores hacia fuera y hacia dentro²¹.

²¹ Federico Carlos SAINZ DE ROBLES, “Paisaje con un filósofo al fondo: Ortega y Gasset, madrileño”, *Madrid*, 20 de octubre de 1955.

Algo parecido ocurre con esta otra necrológica publicada en *Arriba*, órgano de la Falange, donde Antonio Díaz-Cañabate evoca el ser madrileño de Ortega a través de las conversaciones mantenidas con él. Veamos algunos fragmentos:

Ortega siempre fue un madrileño cabal. Y nunca fue un madrileño de excepción. Y con esto quiero decir que tuvo todas las virtudes del madrileño, que no fue un madrileño de esos que se contagian de los aires de fuera y se transforman en un “snob” que todo lo vernáculo lo encuentra mal y que aspira a vivir en Madrid como en París o en Londres. No; él vivió en Madrid, en su Madrid. Su excepcionalidad radicaba en su talento, en su cultura, en su obra filosófica, en sus maravillosas dotes de escritor, en sus insuperables calidades de conferenciante.

[...] Durante muchos años fue un hombre de café. Hasta los últimos días de su vida mantuvo una tertulia. El callejeo le entusiasmaba, el roce con los tipos y las costumbres verdaderamente populares también. El acento de su voz, de su inolvidable voz, tan hecha para hablar bien, poseía, en ocasiones, el desgarro y la cadencia del acento madrileño.

He tenido la fortuna de callejear con él por los barrios bajos. ¡Cómo se identificaba su estampa con aquel ambiente! ¡Cómo se enardecía su palabra al referirse a un rincón que le sugería una anécdota, una historia! ¡Qué encanto el irse parando cada unos cuantos pasos y escucharle! Su voz en la noche se extendía pastosa, modulada, con ritmo musical, y sus palabras fluían seguras, sin un roce, una vacilación.

[...] ¿Sigue usted trasnochando? –me preguntaba. –Muy bien. Apure usted lo que pueda la noche madrileña. Es ya la única noche que queda en el mundo.

Y se adentraba por los recuerdos de su juventud, servido por su prodigiosa retentiva, y allá iban, no en catarata, sino reposadamente, anécdota tras anécdota.

[...] Y en este Madrid ha muerto este madrileño, el más universal que hemos tenido desde don Pedro Calderón de la Barca. Un madrileño que conoció su mundo como pocos, que conoció Madrid como ninguno, que lo llevaba a flor de labio y en lo hondo del corazón... Un día le oí: “Sólo nosotros, los madrileños, sabemos pasear, y es que por Madrid se anda como quien lleva una mujer muy guapa al lado, a la que se tiene que dejar pronto, y vamos retardando lo más posible tan terrible momento”.

En Madrid ha muerto este madrileño universal cuando su mente aún estaba tan diáfana como el cielo del día otoñal en que ha cerrado sus ojos, que vieron más allá de las cosas, más allá de los hombres, más allá de su tiempo; cuando aún se encerraban en su poderoso intelecto multitud de palabras que él sabía engarzar como quien trabaja delicada materia, muchedumbre de ideas que él sabía exponer tan sutilmente, tan finamente, como el aire guadarrameño se

explaya por las callejuelas de los Madriles que tanto amó el hombre universal que hoy llora el mundo²².

En otros casos, encontramos necrológicas que si bien ensalzaban virtudes de Ortega como la calidad de su prosa, no son tan condescendientes con sus “errores”. Fijémonos, si no, en lo que publicó, también en *Arriba*, el escritor Luis Ponce de León:

A punto de morir Ortega, sabiendo desde mi casa que en la suya su cuerpo se está quedando por momentos sin vida, tomo la pluma para escribir al lector. Tomo la pluma y la mente se queda grave y compasiva, caritativa y suspensa, sobre la dilatada sombra en la tierra del moribundo.

[...] En la obra explícita de Ortega la religión no está. Me parece inexacto decir que él ha sido un enemigo de la religión, o cosas por el estilo, como también me parecería inexacto decir que ha sido amigo de la religión, etcétera. Creo que la religión no está en la obra de Ortega, igual que el pensamiento del pez no está en los Alpes nevados, el silencio y el silbido de las cumbres. Tiene su universo el pez en el agua. Las cosas de fuera del agua le son insospechadas. En el universo intelectual de Ortega, de la religión no podemos encontrar sino lejanas noticias.

[...] En el orden de la filosofía, ha sido un “físico” en el sentido griego y originario de la palabra: un investigador de la “naturaleza” –fisis– no de lo que hay más allá –metafisis– de la naturaleza.

[...] La verdad es que si os ponéis a repasar las huellas de Ortega o sus ecos en la vida política de la Nación y del mundo, encontraréis que sus huellas y ecos son los del canguro: una impronta aquí, otra allá, otra Dios sabe dónde. Como ese animal que salta, se queda, vuelve a saltar; como ese animal, o mejor dicho, como sus huellas, es lo que Ortega ha dejado en nuestra grave, importante, preñadísima y difícil política española. El “homenaje y reproche” de José Antonio guarda toda su vigencia veinte años después y ya por todos los años de la memoria de Ortega. Querido Don José: ¡Qué bien si hubieras querido ser con nosotros mula o águila, el que anda o el que vuela! Pero has sido ni lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario. De todas maneras, cada salto tuyo, aunque tan impremeditado y arbitrario, nos servirá: ¡Gracias!

[...] Así miro a Ortega en este día de su muerte. Lo miro así como creo que a él le gustaría ser mirado, como a él le gustaba mirar: todo erizado de perspectivas, de aspectos, de panoramas vivaces y fugaces. Le miro así cuando –he aquí lo que él no sabía, lo que él sabe ya– Dios envuelve y contiene todas estas miradas y muchas más en Su Mirada.

En realidad, el buen comentario, igual que a un picapedrero, igual que a una beata, igual que a un matemático genial, igual que a mí, igual que a nues-

²² Antonio DÍAZ-CANABATE, “Un madrileño”, *Arriba*, 19 de octubre de 1955.

tros antepasados, igual que a nuestros descendientes, el buen comentario a Ortega, el día de su muerte, es éste: “Que Dios le haya perdonado”²³.

Vemos cómo el autor ha elevado el tono para poner en claro las deudas de Ortega en materia política, con la alusión al artículo de José Antonio Primo de Rivera, y en materia religiosa, con este tremendo final que supe-dita la salvación del incrédulo a la misericordia divina.

Parecido tratamiento recibió Ortega en *Ya*, periódico de la Editorial Católica, en el que encontramos varias necrológicas. El mismo 18 de octubre firmaba José Luis Martín Descalzo²⁴ y el 19 el ministro Joaquín Ruiz-Giménez. Ambos representan un claro ejemplo de los reproches que tuvo que soportar la memoria de don José. Veamos algunos fragmentos.

El artículo del sacerdote José Luis Martín Descalzo se tituló “Oración por don José Ortega y Gasset” y decía así:

Señor, esta mañana camino de la iglesia, me han dicho que Ortega y Gasset estaba muy enfermo. Tú le conoces bien, Señor. Tú que creaste su clarísima inteligencia; Tú que dominas también los entresijos de su corazón y comprendes mucho mejor que yo estas cosas que casi me hacen llorar. Porque nosotros conocemos su fina intuición filosófica y su claro estilo luminoso, pero también sabemos que en sus páginas no hay una sola página en que hayas estado presente Tú, el Verdadero. ¿Cómo es posible, Señor, que sucedan estas cosas? He aquí uno de los tantos misterios ante los que nos vemos precisados a inclinar la cabeza. Y la inclinamos con fe, pero también con preocupación. Porque Tú lo sabes que estamos hondamente preocupados: por él y por Ti. Por él, porque pasada la frontera sabemos que va a llorar al ver que desperdició las enormes cualidades que Tú le diste. Por Ti, Señor, porque sin duda, a la hora de crearle, soñaste que hablaría de Ti maravillosamente y te amaría con amor sin tacha. Y ya lo ves, Señor: en cuanto a nosotros nos es dado entenderlo, ha pasado a tu lado sin darse cuenta de que Tú existías. Y también quizá arriba Tú también llorarás por el hijo lejano.

O quizá aún hay tiempo. Tú sabes que somos muchos los que esperamos llenos de ilusión el que te diga: Te amo. Nos bastaría una sonrisa, una palabra, para poder dormir tranquilos, sabiéndole en la casa paterna. ¡Ah, qué felices seríamos sabiéndole y sabiéndote feliz!

²³ Luis PONCE DE LEÓN, “Apuntaciones en el día de la muerte de Ortega”, *Arriba*, 19 de octubre de 1955.

²⁴ El *Catálogo de periodistas españoles del siglo XX* informa de que José Luis Martín Descalzo (Madrirdejos, Toledo, 1930), fue licenciado en Teología, sacerdote y escritor. Martín Descalzo colaboró con la revista poética *Estriá*, de Roma; redactor de *ABC* (1966-1977) y jefe de sección de *ABC* en 1978. Director de *Vida Nueva* (1978-1980); premio Nadal 1956 y premio Luca de Tena 1975. Entre otros pseudónimos, Martín Descalzo firmó como “Criticón” y “Martín de Azcárate”.

¿O es que serán inútiles nuestras oraciones? Sí, quizá es también que hemos orado poco, que a veces nos hemos limitado a ladrar contra él —que a veces lo merecía, eso sí—; que quizá le hemos puesto pocas veces en nuestras patenas o hemos pensado con un egoísmo feroz y anticristiano: “Que se salve él, si es tan listo como dicen”. ¡Quién sabe, Señor, si no será este fallo nuestro lo que le ha tenido tan lejos de tus manos!

Hoy te pedimos humildemente perdón por los defectos que pueda haber tenido nuestra postura, y aún estaríamos dispuestos a cargar con las culpas personales de él para que, finalmente, se abrieran sus ojos.

Ea, Señor, ayúdale y ayúdanos. Ayúdale a ser humilde, a darse cuenta de que amarte no es inclinar la cabeza, sino alzarla, la más elegante de todas las posturas. Ayúdanos también para que a la hora de nuestro juicio no tengan ellos que gritar que les hemos engañado, que les dimos un cristianismo raquítico cuya hermosura no se impuso a sus ojos; que no puedan decirnos que si nosotros hubiésemos sido auténticos Cristos, ellos te hubieran comprendido y amado.

Y si es posible, Señor..., no nos niegues la alegría de verle entre tus manos²⁵.

De nuevo, como en la necrológica de Ponce de León, en el momento de poner en claro la vida de Ortega, Martín Descalzo salta del reproche a la alabanza: de la “clarísima inteligencia” a “desperdió las enormes cualidades que Tú le diste”; de la “fina intuición filosófica” a “hemos ladrado contra él —que a veces lo merecía, eso sí—”; del “claro estilo luminoso” al “estaríamos dispuestos a cargar con las culpas personales de él” y al “ayúdale a ser humilde”, etcétera.

En un sentido parecido se encuadra la necrológica de Joaquín Ruiz-Giménez titulada “¡Descanse en paz!”, de la que extractamos algunos párrafos:

Don José Ortega y Gasset acaba de morir. España pierde con él una de las figuras contemporáneas de más universal renombre. Más allá de diferencias doctrinales y de actitudes políticas que han existido —y que él sería el primero en no querer que fueran disimuladas—, en este penoso momento, ¿no haremos los españoles una tregua respetuosa y diremos juntos una palabra de serena tristeza por su pérdida? Porque lo cierto es que a estas horas, en todas las tierras donde se habla castellano, hay ya un íntimo y profundo murmullo de dolor. Ese murmullo puede hacerse oración en nuestras almas. Oración para ganarle el respeto de sus conciudadanos; oración, sobre todo, por el eterno descanso de su espíritu en la infinita misericordia del Señor.

Y sólo quiero poner un recuerdo agradecido junto a sus restos mortales. Ponerlo como alumno que fui de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid allá en el turbulento año de 1935.

²⁵ José Luis MARTÍN DESCALZO, “Oración por Don José Ortega y Gasset”, *Ya*, 18 de octubre de 1955.

[...] Después vinieron –para conseguir nosotros una nueva España sin limitaciones, en plenitud de su destino temporal y trascendente– las recias jornadas de nuestro Alzamiento. Ortega había quedado en tierras extrañas, pero, movido sin duda por aquel callado afán, retornó a la tierra querida cuando estaba en su mayor violencia el cerco y el ataque contra España. Rompía así, con su gesto, una lanza contra quienes hubieran dado lo posible y lo imposible por retenerle en la lejanía.

[...] Unos cuantos escritores jóvenes heredaron de Ortega sensibilidad para percibir el claroscuro de las cosas, rigor conceptual para juzgarlas y galanura de estilo para describirlas, y que recibieron de lo alto, por añadidura, sobre sus simas el regalo de una militante fe cristiana, se lanzaron a la noble aventura de romper las fronteras de las ciencias particulares –Historia, Política, Derecho– “apretadas contra esa línea de sus problemas últimos” –como también Ortega había escrito–, para llegar a los “problemas primeros de la gran ciencia de Dios”.

Mas no es ésta la hora de hacer balance de los varios aspectos luminosos o deficientes de su gran obra. Muchos lo han hecho y otros seguirán haciéndolo. ¡Ahora descanse en paz! Y nosotros oigamos de nuevo, con emocionado silencio, en estos duros minutos de la despedida, aquel esperanzador grito suyo. Y confiemos en que también lo habrá conseguido –en su más tierna entraña– el amoroso oído de Dios. ¡Descanse en paz!²⁶.

Más ejemplos encontramos en *El Alcázar*, que el día 18 publicaba una necrológica firmada por Emiliano Aguado²⁷, titulada “Mi recuerdo de Ortega y Gasset”, en la que podemos leer, entre otros recuerdos entrañables de este escritor, los que siguen:

En los últimos años de la dictadura de Primo de Rivera daba Ortega y Gasset sus clases en el Museo Pedagógico, a mano izquierda, según se entraba en la calle, en una salita alargada, con dos ventanas al patio con luz y sosiego. Las lecciones congregaban un breve auditorio de chicos y chicas; unos iban a la clase de Metafísica porque estudiaban filosofía y otros acudíamos para entender mejor los temas que nos proponían los profesores de la Facultad de Derecho. Las clases eran por la tarde, y la voz de Ortega, segura, clara, recia, se apagaba algunas veces para dejarnos en silencio con la salita del Museo Pedagógico envuelta en la penumbra del anochecer. [...] Y al concluir la clase, con

²⁶ Joaquín RUIZ-GIMÉNEZ, “Descanse en paz”, *Ya*, 19 de octubre de 1955.

²⁷ Según consta en el *Catálogo de periodistas del siglo XX*, p. 13, Emiliano Aguado Hernández (Cebolla, Toledo, 1907–1979), licenciado en Filosofía y Letras y en Derecho. Colaborador de *La Conquista del Estado*, 1931; *JONS*, 1933. Redactor de *La Época*, 1934–1936. Redactor y crítico teatral de *Pueblo*, 1940. Ensayista, dramaturgo, Premio Nacional de Literatura; profesor de la Escuela Oficial de Periodismo y de la Facultad de Ciencias de la Información. Fue discípulo de Ortega en la Universidad Central de Madrid.

las cuartillas atiborradas de notas o con la cabeza llena de ideas, salíamos convencidos de que el mundo es un enigma y de que el hombre tiene que vivir descubriendo portentos, según las palabras de Hartmann al definir la esencia de la filosofía.

[...] Al cabo de unos años, en 1933, Ortega había cambiado mucho. Aquel curso que profesó en el Pabellón Valdecilla sobre Galileo estaba transido de preocupaciones graves; la profecía y la amenaza caían sobre un auditorio multitudinario que asistía al aula magna acaso atraído por la fama del orador.

Ortega ha sido un profesor incomparable, no porque supiera muchas cosas ni porque ha sabido decirlas con belleza y elegancia, sino por su personalidad egregia; todo lo que decía nos llegaba a sus alumnos como si en aquel momento hubiese acabado de inventarlo. Jamás se nos ocurría pensar que lo hubiese podido leer en ningún libro, ni en si Ortega sabía más o menos que otros profesores. El saber no era más que una apoyatura en sus explicaciones. Lo importante era su capacidad para escudriñar los rincones de la vida humana e iluminarlos²⁸.

Este ejemplo contrasta con los anteriores en el sentido de que no parece una necrológica pasada por el patrón de la censura, y aunque explícitamente el articulista no se refiere a Ortega como “maestro”, no cabe duda que un balance similar rezuma su texto. Lo mismo podemos decir del artículo de Adolfo Muñoz Alonso²⁹ titulado “Ortega, domador de temas universales”, en el que el autor comenzaba reconociendo que “mover la pluma o lanzar la voz a la hora de la necrología, cuando el hombre que acaba de morir es Don José Ortega y Gasset, resulta para nosotros una ocupación desconsoladora y amarga. Habríamos querido que se dilatara años y más años la oportunidad de esta conmemoración, dando a nuestro querer toda nuestra intención filosófica, nacional y bíblica que la alusión levanta”³⁰.

²⁸ Emiliano AGUADO, “Mi recuerdo de Ortega y Gasset”, *El Alcázar*, 18 de octubre de 1955.

²⁹ Según el *Catálogo de periodistas del siglo XX*, p. 406, Adolfo Muñoz Alonso (Peñañel, Valladolid, 1915–1974) fue licenciado en Teología, doctor en Filosofía, catedrático de Historia de la Filosofía y escritor. Trabajó como redactor de *La Lucha*, Santander, 1932; colaborador de *Libertad*, Valladolid, 1934, y de *Arriba España*, Pamplona, 1937. Fue subdirector de *Avance*, Valencia, 1939, y de la *Gaceta de Alicante*, 1940. Director de *El Español*, 1960; redactor de la agencia *Pyresa* (1965–1969); director del semanario *Foco*; redactor de *Arriba* (1968–1974); director general de Prensa y director de la Escuela Oficial de Periodismo; decano de la Facultad de Ciencias de la Información en 1972 y, ese mismo año, periodista de honor así como premio Mariano de Cavia en 1973.

³⁰ Adolfo MUÑOZ ALONSO, “Ortega, domador de temas universales”, *El Alcázar*, 19 de octubre de 1955.

Documentos:

ABC: "Universidad y retórica en Ortega". [19 de octubre de 1955]. Artículo firmado por Gregorio Marañón.

UNIVERSIDAD Y RETORICA EN ORTEGA

LAS generaciones nuevas han encontrado a Ortega en su plenitud y con su obra hecha, trabada en lo más íntimo de lo que es España. El paisaje y la humanidad y la historia de un país no tienen una realidad superior a la del pensamiento de sus grandes creadores. Tan es España, Cervantes o fray Luis de León como la Sierra de Gredos. Pero los hombres nos damos cuenta de que las cordilleras existen, sin saber cómo se formaron; y de que las grandes obras de la inteligencia viven incorporadas al alma colectiva, sin darnos cuenta del esfuerzo formidable, de la pasión y muchas veces del dolor de su génesis.

Para darse idea de lo que representa Ortega, bastaría leer los periódicos inmediatamente anterior a sus primeros artículos y los de después. Cuando aparecieron—son pocos ya los que la recuerdan—hicieron la impresión de algo físico que se producía en el mundo del pensamiento, algo como una ventana que se abriera de repente. Había por entonces muchos escritores egregios, quizá tantos y tan buenos como no los había tenido España desde su Siglo de Oro. Pero Ortega fue, no uno más, sino otra cosa, un descubrimiento.

Tenía, desde una edad inverosímil, la visión profunda de las cosas. Era el mundo, para él, un inmenso repertorio de problemas vivos y no resueltos o resueltos con otra medida que la suya. Pero, además, desde que empezó a escribir, poseyó, por don instintivo, el rigor científico, tan raro en España, que agregó su obra de trascendencia. De una trascendencia clásica y nueva, como la tuvieron los grandes universitarios de Europa en los tiempos gloriosos de la Universidad. Ortega, pleno que ha sido el paradigma de nuestros universitarios. Nadie le ha superado en esta altísima representación. De las partes fundamentales de su obra, una de ellas fue su vocación universitaria; y de esta vocación está impregnada su obra entera, hasta lo que parece en ella secundario. Las definiciones y los comentarios de lo que es y lo que podía ser la Universidad, fueron preocupación esencial de su pensamiento, y el dolor de la crisis de la Universidad—en todo el mundo y no sólo aquí—le acompañó hasta los duros días finales.

Este sentido universitario fue lo que dio carácter de suceso imprevisto a la obra de Ortega, y lo que la llenó de originalidad inicial y perdurable. Se ha dicho, con intención despectiva, que Ortega fue ante todo un periodista. También lo fue él en alguna ocasión. Pero el periódico, entre las muchas cosas que puede ser, es catedral. Las lecciones de Ortega en la Universidad tenían, como sus ensayos en las revistas y en las hojas diarias, la mis-

ma fuerza creadora y la misma dignidad.

Ortega, como todos los grandes pensadores y escritores, se ha incorporado ya a la vida nuestra y es de cada uno de nosotros. Y ahora todos vivimos, poco o mucho, en nuestro repertorio intelectual, de Ortega. Y no sólo los que le siguen o le imitan, sabiéndolo o no, sino hasta los que no se parecen a él y hasta los que le han combatido, acaso por celosa e inadvertida preferencia. Nadie diría correr su pluma por el papel hoy sin que pulse en ella un latido, lejano o próximo, de este hombre obstinadamente ajeno a todo lo oficial, casi pobre, que ha muerto sin un solo cargo, sin un solo honor, de aquí o de fuera de aquí; pero con el que irremisiblemente tendrá que contar en adelante el pensamiento español y, en buena parte, el universal.

Mas el fondo surco que deja la obra de Ortega no se hubiera hecho sin su retórica maravillosa. Si, sin su retórica. Estamos harías de oír bromear sobre la retórica a los que no son capaces de retener, es decir, de usar con fricción indecible del "arte de bien decir, de embellecer la expresión de los conceptos, de dar al lenguaje eficacia bastante para deleitar, persuadir o conmover", según rezaba, sabiamente, la definición clásica. Gran retórico fue Ortega, tal vez uno de los últimos, que no sucumbieron ante la confusión de la plebeyez con la naturalidad.

No es ésta la ocasión, ni yo podría hacerlo en ninguna, de analizar las antecedenentes, la estructura y el espíritu de la prosa de este maravilloso escritor. En realidad se escribe como se piensa; y la retórica de Ortega era, simplemente, como sus alas para volar. A veces su genio claro daba un regate a la verdad—o un quiebro—como él hubiera dicho—para salir después a su encuentro con mayor alegría; y otras veces, su dicción se hinchaba como una ola antes de ser agua serena, para que así le pareciera más. ¡Bendita retórica!

Algunos han dicho que Ortega deja sin escribir su obra de Filosofía. Puede que él mismo lo dijera también. Pero esa obra, si se hubiera escrito, no hubiéramos necesitado leerla sus habituales lectores. Porque está en las seis tomos de sus Obras Completas, cuyo índice conduce a todos los problemas del universo por caminos llenos de precisión y de belleza. Nada dejó de interesar a este gran español en medio siglo de afanoso vivir. Y al lado de esta curiosidad infinita y de la claridad que puso en cada cosa, ¿qué podría añadir un Tratado circunstancial y dogmático?

Ortega ha sido mucho más que un filósofo; y de esta dimensión humana y sobrehumana de su espíritu nos da la medida nuestra inmensa congoja de hoy.

G. MARAÑÓN

Primera página del manuscrito de la necrológica de Pío Baroja publicada en ABC. [Octubre de 1955].

Ortega y Gasset.

Ortega - no quiere una asquerosa de
la ~~historia de Ortega y Gasset~~ ~~es para la~~
una ~~masa~~ ~~dogmática~~ = por un ~~que~~
mayor de los ~~defectos~~ ~~la~~ ~~mas~~ ~~confundido~~
es el primer ~~es~~ ~~es~~ ~~es~~ ~~de~~
de la ~~literatura~~ ~~del~~ ~~tiempo~~.
nuestra ~~época~~

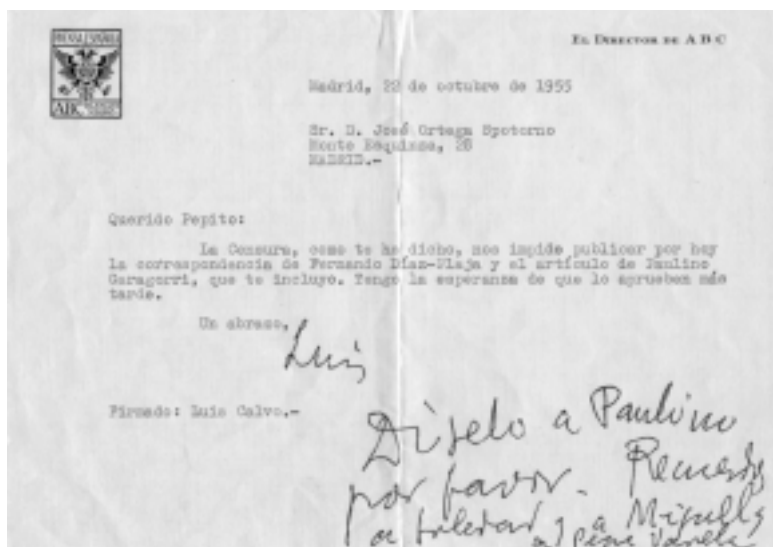
No es que los demás ~~son~~ ~~no~~ ~~sean~~
ningún ~~valor~~ ~~pero~~ ~~Ortega~~ ~~de~~ ~~he~~
destacado ~~que~~ ~~la~~ ~~literatura~~ ~~es~~ ~~prueba~~ ~~como~~
destacado ~~que~~ ~~la~~ ~~literatura~~ ~~es~~ ~~prueba~~ ~~como~~
un ~~caso~~ ~~que~~ ~~se~~ ~~de~~ ~~la~~
La prosa de Ortega es ~~solista~~ ~~y~~ ~~tra~~
baja hasta la perfección.
No digo ~~yo~~ ~~que~~ ~~que~~ ~~la~~ ~~juventud~~
la ~~misma~~ ~~pero~~ ~~si~~ ~~un~~ ~~que~~ ~~la~~
debe ~~estudiar~~

No soy un ~~hombre~~ ~~que~~ ~~sepa~~
es ~~visto~~ ~~con~~ ~~aguijones~~. Como ~~un~~
tengo ~~apenas~~ ~~respuestas~~ ~~absolutas~~ ~~es~~ ~~esto~~ ~~lo~~ ~~que~~
pienso ~~sobre~~ ~~los~~ ~~demás~~ ~~sin~~ ~~ninguna~~
~~exposición~~

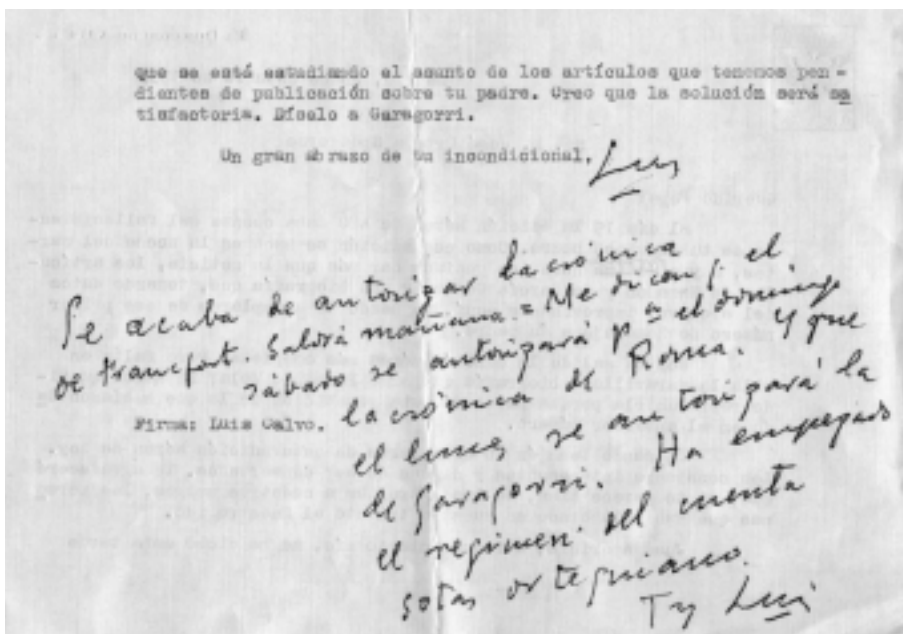
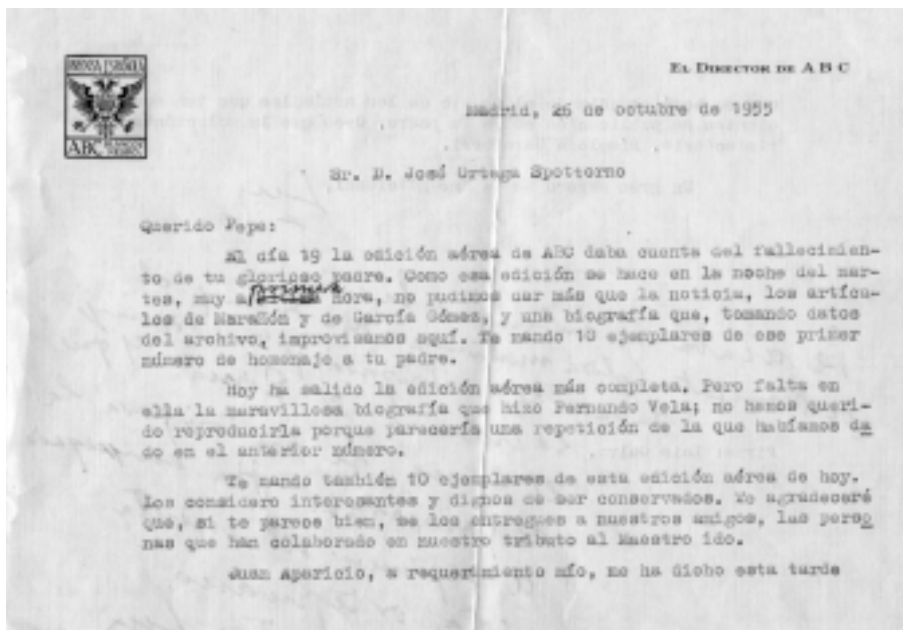
ABC: "Homenaje de Baroja a Ortega y Gasset". [20 de octubre de 1955].
Artículo firmado por Pío Baroja.



Carta de Luis Calvo a José Ortega Spottorno. Madrid, 22 de octubre de 1955.



Carta de Luis Calvo a José Ortega Spottorno. Madrid, 26 de octubre de 1955.



DOCUMENTOS DE ARCHIVO

Por JOSÉ MARIA DE COSSIO.

do popular de los toros que ha estado llevando hasta la perfección en que la contemplación es el llamado a hacerla continuar. Nuestros consejos y hasta misma opinión puede ser perseguidores. En cambio, puede ser devoto cuando tiene sobre lo que la fiesta ha sido y sobre todo sobre lo que puede significar.

[illegible]

Cuando reanuda su comunicación con el extraordinario escritor ya el libro estaba publicado en gran parte y estaba en su casi totalidad. Es decir, más denostados se tenían remedio. Pero ella no impidió que sobre el hubiéramos muchas veces y en que él le mirara con especial benevolencia. La piedad había ido por donde Dios quería, pero, en pocas más le voy a escribir, también.

[illegible]

Podría estar encausado por los delitos de Origen, las tentativas de Nihilismo, la fuga de Domingo Orsini, con don Ignacio Zúñiga, otro desaparecido incontestablemente culpado de sucesos entrafables. De su arresto con el magnifico pero castellanizado título de *sereno* su abogado al "Arte de torcer" de este, su desaparecido, el "sereno" de la "tormenta" de la "tormenta", era la evocación del primer loco de la vida encausado entre los trances de un chamuscado alemán y los ritmos de una corte de Leontina... Este símbolo de su masana de enlazar la fiesta. Las noticias del último "Papel" el anticuer de Ignacio Lago de Italia, se habían perfumado en un "sereno" de la "tormenta" y allí había de encausarse a Orsini.

Sean estas líneas mi homenaje. Entre sus recuerdos, algunas más calientes y vivas que los que probablemente tengo en ellas.

(Poecilota la sequens)



Dr. José Ortega y Gasset

Ad fin ya acercado a la fiesta de los hornos desde su juventud, con afición, veíase que la lucha social frecuentemente se hacía a través de peñas y bailes, por lo que se le ocurrió la idea de hacer un cir de teatro para educacionalmente dar chispa de la arena. Yo tuve la satisfacción, que ahora recuerdo con orgullo, de haberle hablado repetidas veces a pesar de su mala condición, sabiendo que no sólo los miembros de la "peña" sino también los que se le siguiera, la habían ante el poseedor cartel, en alegría ante de la idea a la plaza, la impresión por ver el placido que causaba la edificación de un escenario que consistía en una sencilla estructura de bambúes y alfileres de resaca y anudados que en su memoria facilitaba las incidencias de los platos y el arte de los diálogos. Pero ello no era sino el comienzo de una gran obra que se le encomendó por el presidente, el Intendente pues el alto magistrado es que la plaza quedaba en la luz y la comedia se transporta a la arena de la inte-

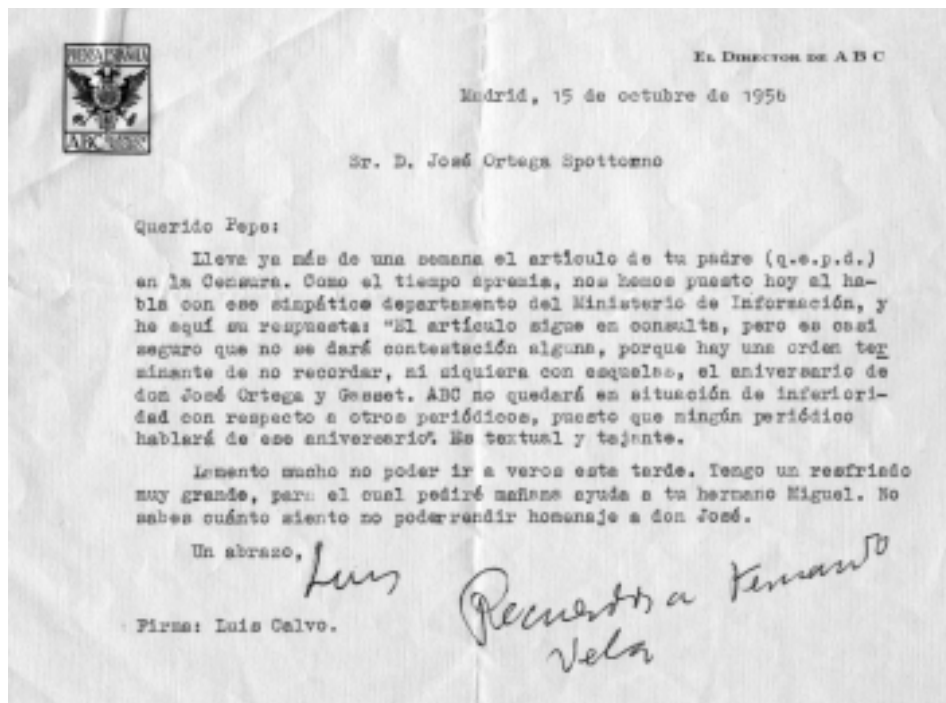
Así la corrida era adición y sea protesta. Siempre asumió la idea de escribir un gran ensayo sobre asuntos feos y era llegó a anunciar como su próxima publicación su "Fuego y del toro", que por desgracia no llegó a convertirse nunca. Su proceder malintencionado era el haber alcanzado a ser de torero joven como a Laguarda y aún recordando una cosa con Ignacio Sánchez Mejías en la que nos aguijaba profundamente, ya se ve por qué con la servilleta, la diferencia entre la jirafa del Cádiz y la del Cuzco.

[illegible][illegible]

DOCUMENTOS DE ARCHIVO

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 10/11. 2005
mayo y noviembre

Carta de Luis Calvo a José Ortega Spottorno. Madrid, 15 de octubre de 1956.



La prensa extranjera. Ortega, ciudadano del mundo

Mientras en el interior de España se discutía la reconciliación de Ortega con la Iglesia y se le pasaba factura por sus "deslices" políticos, en la prensa extranjera se libraban otras batallas de cierto interés, entre ellas la polémica suscitada a raíz del editorial que *The New York Times* publicó al día siguiente de la muerte del filósofo. En él, el rotativo neoyorquino se preguntaba si con la muerte de Ortega moría también lo que en España pudiera haber de europeísmo; la réplica del entonces embajador de España en Washington, José María de Areilza, desató un agrio enfrentamiento con la familia del pensador, pues entre otras cosas, Areilza lo relacionaba con los muertos de la Guerra Civil, causados, según el diplomático, por la República que Ortega propugnó. Ésta es la secuencia de los hechos.

El editorial de *The New York Times* del 20 de octubre de 1955 comenzaba con la siguiente afirmación:

The death of José Ortega y Gasset on Tuesday will bring a crowd of memories back to all who are old enough to remember the Spanish Republican Revolution, the civil war and the great intellectual conflict of the century, which Spain has yet to settle. Shall Europe forever end at the Pyrenees, or will Spain become a part of Europe? This was the great struggle to which Ortega y Gasset gave his life as the champion of Europeanization³¹.

La réplica del embajador de España en Washington, José María de Areilza, publicada en casi todos los periódicos nacionales, no se hizo esperar. Éstas fueron las palabras del diplomático en la versión dada por *ABC* el jueves 27 de octubre de 1955:

Con la mayor sorpresa me he enterado esta mañana, al leer su editorial sobre José Ortega y Gasset, de que nosotros, españoles, no pertenecemos a Europa. Hace mucho tiempo que alguien escribió que África empieza en los Pirineos, queriendo decir, más o menos, que España era un país africano, lo cual, dicho sea de paso, no es un insulto, sino un honor. Veo que ustedes insisten en colocar a España al margen de la cultura occidental, como si dos mil años de historia pudieran ser borrados o ignorados porque así lo desee un periodista contemporáneo. Ortega y Gasset fue un ciudadano honorable, respetado y admirado. En 1930 creía que España necesitaba europeizarse y recomendó expresamente lo que había que hacer para que nuestra nación fuese un miembro de Europa. El resultado fue una terrible catástrofe y la guerra civil, que nos costó un millón de bajas y pérdidas materiales y culturales irreparables.

Ortega, que fue, por encima de todo, un ferviente español, fue el primero en confesar públicamente su error y en oponerse a la política de la República española, como un puro desatino que empujó al país al caos y a la anarquía. En 1936 tuvo que huir de su escondite de la España roja porque grupos izquierdistas le perseguían como “fascista peligroso”. Entonces comprobó por experiencia personal el significado de una “rebelión de las masas”, cuando a éstas les empujan la demagogia y los agentes extranjeros.

Nadie dirá ni creará en España que Ortega y Gasset fue un fracaso. Su brillante estilo, único, hasta cierto punto, en la literatura española; su penetrante análisis de los hechos históricos, culturales y sociales; su amor apasionado hacia una España mejor; su afán de progreso, cultura y cooperación internacional fueron semilla que cayó en suelo fértil; en las Universidades la juventud de

³¹ Una traducción aproximada del editorial la encontramos en el *ABC* del 27 de octubre de 1955: “La muerte de José Ortega y Gasset el martes traerá un montón de recuerdos a todos aquellos que son lo bastante viejos para acordarse de la revolución republicana española, la guerra civil y el gran conflicto intelectual del siglo, que España tiene todavía que resolver. ¿Tiene Europa que terminar para siempre en los Pirineos, o formará parte de Europa España algún día? Esa fue la gran batalla a la que Ortega y Gasset dedicó su vida, como el campeón de la europeización”.

hoy lee con interés creciente las obras de nuestro gran filósofo moderno. No vamos a dejarnos engañar de nuevo por frases vacías sobre si somos o no somos europeos, ni nos dejaremos empujar en la trampa de la revolución política. El mismo Ortega escribió una vez que nada hay más insincero y ajeno a la realidad que las frases estereotipadas.

Como es lógico, las insinuaciones de Areilza acerca de que el europeísmo de Ortega causó el advenimiento de la República y, consecuentemente, la guerra civil y los desastres que ésta provocó, no podían quedar sin reparación por parte de familiares y amigos del filósofo.

Los hijos de Ortega envían una carta al embajador el 31 de octubre, en la que lamentan sus palabras publicadas en el periódico neoyorquino y le reprochan, básicamente, dos cuestiones: por un lado, que la idea de la europeización de España “se le hubiera ocurrido a nuestro padre en 1930”, lo que para los hijos suponía algo inaceptable pues en la obra de Ortega se propugna esta idea “desde sus primeros escritos en 1908”. Por otra parte, los hijos reprochan al embajador que en su escrito insinúe que Ortega es el responsable del millón de muertos de la guerra, lo cual les lleva a lamentar que “haya querido usted hacer política en esta hora tan sensible para nosotros” y les obliga a retirarle la consideración de su amistad.

Los hijos de Ortega remiten esta carta a Areilza con copia al ministro de Asuntos Exteriores, Alberto Martín Artajo, quien a los pocos días, el 7 de noviembre, les contesta con una breve misiva en la que manifiesta su pesar por el disgusto que les hayan podido causar las declaraciones del embajador. Martín Artajo se muestra seguro de que las ha escrito “sin la menor intención desagradable” y deja abierta la posibilidad de que “el periódico las haya podido deformar con un afán sensacionalista”. En una adenda manuscrita y dirigida al mayor de los vástagos, Miguel Ortega Spottorno, el ministro le muestra su hondo penar por la muerte de don José y se ofrece, si así lo desea, a mediar para pedir explicaciones a Areilza.

Casi a la vez que la familia de Ortega recibe la misiva del ministro, llega desde Washington la carta del embajador, fechada el 10 de noviembre. En ella, Areilza supone que no deben conocer la versión literal de su carta enviada a *The New York Times*, única explicación que concibe para “tomar como ofensa lo que fue una simple puntualización obligada para quien tiene como misión la representación y defensa de los intereses de España en Norteamérica”. Se escuda Areilza en que el periódico utilizó la muerte de Ortega para decir que como España no siguió la trayectoria republicana de 1931 había dejado de pertenecer a Europa, “máxime cuando ya ese mismo año era pública la crítica de su fallecido padre hacia el régimen que llevaba al país a la anarquía, y que él mismo con su gran autoridad y prestigio in-

telectuales, tanto ayudó a implantar sin sospechar sus consecuencias”. Respecto al resto de cuestiones aludidas por los hijos, como la responsabilidad por el millón de muertos, el embajador explica que nadie de buena fe puede deducir acusación tan grave “sino al contrario, que Ortega y Gasset tuvo la nobleza y patriotismo de disentir de la República previendo su desastroso final”. En definitiva, Areilza se despide argumentando que no ha querido hacer política “en el sentido que ustedes señalan, sino discriminar la figura de un pensador español respetado por todos de la causa que, si un tiempo fue suya, repudió más tarde”.

El pleito se saldará con dos cartas escritas el 21 de noviembre, una al embajador y otra al ministro de Asuntos Exteriores. A José María de Areilza le aclaran que sólo con el recorte de *The New York Times* por delante decidieron pedirle explicaciones y, respecto a la interpretación torcida de sus palabras, le aclaran que todo aquel que lo leía opinaba en el mismo sentido que ellos lo habían hecho. Sin embargo, los Ortega Spottorno aceptan las explicaciones de Areilza y dan por restituidas las relaciones previas al incidente. La segunda carta que escriben ese día va dirigida al ministro Martín Artajo, a quien agradecen su disposición a mediar por ellos ante el embajador y le aclaran que se hace innecesario pues dan por zanjada la polémica.

Además de la secuencia de los hechos producida en el plano privado, las palabras de Areilza tuvieron amplia repercusión en la prensa nacional y extranjera, donde también se produjo un intenso cruce de declaraciones. Algunos periódicos españoles interpretaban la carta del embajador como una victoria de España en el exterior. Esa sensación, al menos, se desprende de la lectura de algunos artículos y titulares empleados por la prensa nacional para reflejar el incidente. “El precio de una equivocación. Ortega fue el primero en confesar su error y oponerse a la política republicana”, decía el *Diario de León* (28 de octubre de 1955); “Areilza le explica unas cuantas cosas al *New York Times*”, titulaba con altanería el diario *Mediterráneo* (27 de octubre de 1955); “Enérgica carta de Areilza al *New York Times*”, contaba el *Progreso* (27 de octubre de 1955).

La presa extranjera se comportó de otro modo. Entre los artículos que motivó la carta de Areilza en *The New York Times*, se encuentra una carta al director de Victoria Kent publicada en el periódico neoyorquino el 27 de octubre de 1955. Kent alude a la grave injusticia que representan las palabras del embajador contra la memoria de Ortega, quien propugnaba “una república basada en la democracia”. En su carta, Victoria Kent afirma que, efectivamente, el europeísmo concebido por Ortega y otros líderes políticos trajeron la república a España, pero aclara que los opositores de la euro-

peización fueron los que causaron el alzamiento militar que desembocó en la guerra civil. También recusa la afirmación de que Ortega fue obligado a abandonar España por la persecución de *bandas izquierdistas* (“gangs leftist”, escribe Kent), y apoya su opinión en el hecho de que el filósofo se mantuvo exiliado durante “nueve largos años” posteriores al triunfo de Franco; ¿qué debía temer –se pregunta Kent– si los *rojos* habían sido derrotados? Para ella, “las *bandas izquierdistas* –demócratas, republicanos, liberales– estaban todos en el exilio o en prisión o habían sido exterminados por los escuadrones de fusilamiento”. En definitiva, para Victoria Kent, Ortega y Gasset fue siempre un defensor de las libertades que no podía consentir un régimen que precisamente negaba las libertades, y remataba su apología orteguiana lanzando esta pregunta retórica: “¿No es significativo, quizás, que el descubrimiento de su adhesión al fascismo no haya sido anunciado hasta que ha muerto y es incapaz de réplica?”.

Profundizando en el alcance que la noticia de la muerte de Ortega tuvo en la prensa internacional, resulta aleccionador, para superar otras polémicas, la calurosa acogida que recibió la persona y obra del filósofo en todos los periódicos del mundo. Fue tal la cantidad de necrológicas, biografías y crónicas que llenaron las páginas de los principales rotativos europeos y americanos, que vano sería el intento de citarlas en este espacio y con la forma de este itinerario. No obstante, para hacernos una idea de la recepción de la muerte de Ortega en la prensa mundial, podemos valernos del número de diciembre de 1955 del *Boletín Editorial de la Revista de Occidente*, que comenzaba ofreciendo a sus lectores un corolario de las necrológicas aparecidas en dicha prensa internacional.

En concreto, el *Boletín* se hace eco, entre otros, de artículos publicados en *The Times* (Londres), *Nachrichten* (Dusseldorf), *Die Abendzeitung* (Munich), *Heidelberg Tageblatt* (Heidelberg), *The Washington Post* (Washington), *Boletín del Departamento de Prensa e Información del Gobierno Federal Alemán* (Bonn), *Deutsche Zeitung* (Stuttgart), *Der Spiegel* (Hamburgo), *Der Tag* (Zürich), *Münchener Merkur* (Munich), *Daily Telegraph* (Londres), *Die Welt* (Berlín), *Der Abend* (Berlín), *Deutsche Commentare* (Berlín), *Der Tag* (Berlín), *Rheinischer Merkur* (Coblenza), *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (Frankfurt), *The New York Times* (Nueva York), *Le Monde* (París), *La Croix* (París), *Manchester Guardian* (Manchester), *Diário Popular* (Lisboa), *Il Mattino* (Nápoles), *La Stampa* (Turín), *Últimas Noticias* (Caracas), *Diario de la Marina* (La Habana), y un largo etcétera.

Como tónica general, podemos apreciar que la prensa extranjera se interesó más por la exégesis del pensamiento orteguiano y su significado en

relación con el horizonte filosófico español y europeo, que en interpretaciones sobre su ideología política o religiosa. Entre los aspectos más interesantes que dicha prensa mundial puso de relieve, y que fueron traducidos y publicados por el mencionado *Boletín*, podemos espigar los siguientes:

The Washington Post (Washington): “Fue uno de los intelectos más atractivos y estimuladores del siglo XX. Su espíritu era incansable y efervescente; era un gran orador y en su interés no excluía nada de lo que es humano”.

Deutsche Zeitung (Stuttgart): “Con Ortega ha perdido, no sólo España, sino toda Europa, uno de los grandes intérpretes de su tiempo, que rara vez brillaron en el siglo XX con tal mezcla de saber universal y literaria elegancia”.

Der Tag (Zürich): “El filósofo quiere hacer de los ciegos videntes, y esto Ortega lo hizo en Madrid y Munich como Platón en Atenas y Siracusa. Su aparición entre nosotros tuvo el mismo hechizo que la de un jónico en la metrópoli griega. Ortega habló a Europa como Fichte a la nación alemana después de la derrota de Prusia. Ortega es, como Max Scheler, el filósofo más rico en temas desde Nietzsche”.

Daily Telegraph (Londres): “Con la muerte de José Ortega y Gasset, España pierde su primer escritor. Su fama internacional es debida muy merecidamente a su libro *La rebelión de las masas*... Sentía una profunda admiración por la imperturbable continuidad del desarrollo político de Inglaterra bajo la monarquía... Esto, decía, ha hecho a la Gran Bretaña la *nurse* de las naciones europeas, brillantes pero políticamente pueriles”.

Die Welt (Berlín): “La filosofía nunca ha sido tan cosmopolita, tan penetrante, tan viviente y alegre como en este español, ciudadano del mundo”.

Der Tag (Berlín): “Una clara luz se ha apagado. Su importancia para España es inmensa. Ortega ha vuelto a unir con el mundo la España espiritualmente aislada. Su ejemplo y su doctrina inflamaron a la juventud española. Tuvo enemigos, pero eso no ha impedido que en la España actual todo intelectual haya pasado por la escuela de Ortega y sea un poco orteguiano”.

Frankfurter Allgemeine Zeitung (Frankfort): “Ortega es el redescubridor de la iniciativa socrática. Es el máximo pedagogo del pensamiento que Europa ha poseído en nuestro tiempo. Sin embargo, se diferencia de Sócrates –y esto es lo moderno en él– en que no tiene, como el maestro de Platón, la superstición de la razón. Así, por ejemplo, no cree que la virtud sea cosa del conocimiento, sino que tiene que ser vivida como vocación. Para él no hay vida sin vocación, sin llamada interior. La vocación brota de la tensión de la vida,

y de ella proviene aquel proyecto y esquema de nosotros mismos que en cada momento es nuestra vida”.

La Croix (París): “Como pensador y escritor, Ortega ha suscitado un eco, no sólo en España, sino también en Europa y América. Evidentemente, hay muy pocos libros, en no importa qué lengua, que hayan descrito la realidad sociológica del mundo actual con tanta penetración y tanta belleza como *La rebelión de las masas*”.

Manchester Guardian (Manchester): “José Ortega y Gasset ha sido uno de los dos escritores filosóficos españoles que conquistaron considerable influencia fuera de las fronteras de España. El otro fue Miguel de Unamuno”.

La Stampa (Turín): “Al cabo de los años, su personalidad cobró una importancia europea; el pensamiento de Ortega salió de las fronteras nacionales para ser recibido y escuchado en toda Europa. Ortega fue, verdaderamente, el barómetro más sensible de la crisis de nuestra cultura occidental, el testigo atento de todo fenómeno intelectual y moral del mundo conturbado”.

Diario de la Marina (La Habana): Al fundar la *Revista de Occidente* realizó una hazaña española y regaló a la América hispana tanto como diez Universidades. Si Ortega no dejase otra cosa que la *Revista de Occidente*, ya tendríamos los pueblos hispanoamericanos que reconocerle como patriarca cultural. Gracias a Ortega, reconozcámoslo, la barbarie, el mal gusto y el aldeanismo de nuestra América perdieron estatura e influencia. Todo esto y mucho más hacían de Ortega un hombre cúspide, una persona indispensable para el espíritu de sus contemporáneos”.

Además de estos testimonios que trataron de poner en claro el alcance de la obra del filósofo y que contenían, sobre todo, documentación biográfica, la prensa internacional también abrió hueco para la necrológica sentida y cercana. Entre los testimonios más humanos y emocionantes que vieron la luz en la prensa extranjera hay que destacar el de su hermano mayor Eduardo, con quien no se había vuelto a ver desde que ambos partieron hacia el exilio al estallar la guerra.

La necrológica a la que nos referimos se tituló “Bebiotai, bebiotai... Ha vivido, ha vivido”, y fue publicada en una hermosa doble página que el diario *El Nacional*, de Caracas, dedicó a Ortega el 3 de noviembre de 1955.

Como género periodístico, el valor de la necrológica, que le hace ser hoy uno de los artículos más demandados del periódico, reside en que, a diferencia de la simple biografía que se torna en acopio de datos objetivos, aquélla contiene una carga de experiencias personales y recuerdos por par-

te del articulista que enriquecen, como ninguna otra aportación periodística, la última visión que el lector recibe y conserva del difunto. Pues bien, entre otros comentarios, Eduardo Ortega y Gasset rememoró en su necrológica “la primera experiencia periodística de José”:

El más joven de los hermanos de mi madre, Ramón Gasset, [...] por aquellos días había instalado una imprenta en la calle de Lagasca. Las máquinas y la tipografía eran modernísimas, así como el taller de fotograbado. Nos atrajo aquel suntuoso juguete. Nos permitía realizar un sueño, el de fundar una Revista.

Así fundamos el periódico que se tituló “Las Primeras Armas”. Realmente no fue periódico. Carecía de periodicidad, ya que sólo gimieron las prensas en el parto de su primer número. ¡Quién hubiera podido conservar un ejemplar! Nuestras vidas han sido hartamente agitados, singularmente la mía, para tener archivos...

Para la historia de mi hermano tiene este episodio que muy pocos conocen, el valor de consignar que en “Las Primeras Armas” publicó su primer trabajo.

La máquina de doble reacción iba entregándonos los ejemplares con sus dedos de madera. Muy grande era nuestra ilusión al retirarlos. Repasábamos con entusiasmo aquella preciosa tipografía en la que se destacaban unas elegantes letras Elzevir. El olor de la húmeda tinta nos era familiar. Se iniciaba el número de sus páginas con un breve artículo de presentación, escrito por nuestro padre que hizo de padrino periodístico en una prosa de salarina gracia. Qué lástima el haber perdido aquellos preciosos párrafos que tanto releí entonces y en los que supo ser maestro de sus hijos.

Para suerte y delicia de los lectores de aquel número de *El Nacional* (y para nosotros hoy, cincuenta años después), Eduardo enriquece todavía más este singular y desconocido episodio de la biografía de Ortega contándonos el argumento del cuento que el futuro escritor preparó para aquella prematura experiencia editorial.

Mi hermano José había escrito un a modo de cuento de sabor romántico, que despertaba fuerte y hermosa impresión. Describía una tarde otoñal en la que, las hojas secas, amarillas, eran arrastradas por el viento con un ruido característico. La tarde era anubarrada y la luz entre los árboles del Retiro madrileño era macilenta. Se oían las notas prolongadas de un violín que eran como un gemido musical. Pero no se veía al artista. En un instante pareció que se le divisaba, pero se esfumó su imagen. El lamento musical continuaba, a veces lejano, otras próximo y, un joven poseído de amor sin esperanza seguía, como las hojas secas, las notas del violín, tratando de alcanzar al artista. Aquellas notas eran la expresión de su amor y quería descifrarlas porque eran la revelación de su destino.

Tal era el trazo fundamental del argumento. Mas lo que tendría hoy valor para estudiar al artista naciente es su arte retórico espontáneo que era ya prodigioso. No lo había logrado sin trabajo. Sus primeros ensayos de niño luchaban con la dificultad del que perseguía un estilo personal, de una manera más o menos premeditada. Si se hubiera contentado con redactar sencillamente lo hubiera logrado sin esfuerzo. Pero “las ideas afluían a su torrencera interior con abundancia, borboteo y delicioso atropellamiento”. Y en los dedos del niño querían florecer todas al mismo tiempo en el tallo de su pluma.

Aún dedicará Eduardo varias columnas más a rememorar el genio precoz de su hermano, con quien mantenía una distancia física y, según puntualizan algunos biógrafos, también personal. Sea como fuere, lo cierto es que Eduardo, al empuñar la pluma para escribir la necrológica de su hermano, confesará que “mi corazón da brazadas entre olas negras de angustia para surgir a la superficie y recordar días de sol y mocedad que viví alegre y seguro con él”.

Documentos:

Fotonoticia publicada en *La Segunda* de Santiago de Chile. [18 de octubre de 1955].

LA EXPRESIÓN más alta de la intelectualidad de hombre español, y así, además, de quienes existen hoy en el mundo al norte del península, vive en una presencia humana con el fallecimiento de don JOSÉ GARCÍA y GARRIGÓ, conocido hoy día en España.

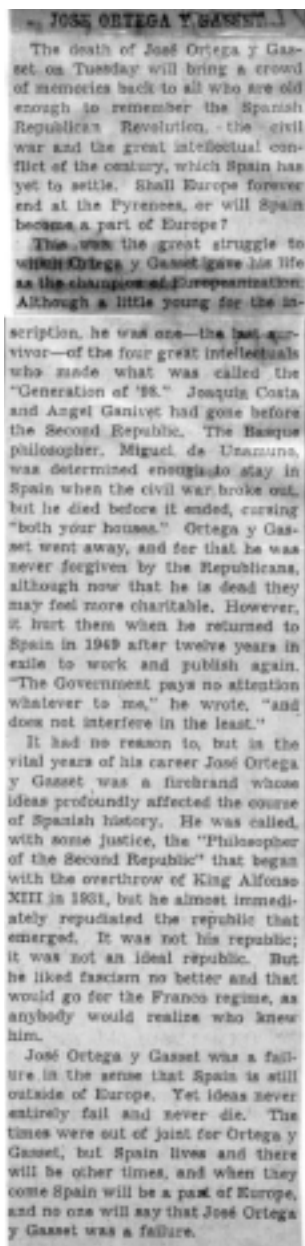
Su obra personal, de ideas, no ha de tener fin, Nació inmortal.

La muerte del excepcional pensador español se hizo universal. Para Chile, que le splendó desde las primeras líneas, que tuvo al Bona de recibir su visita y que lo contó siempre como honesto, noble, pacífico amigo, se unió a la familia y querido.



Caricatura del dibujante Sant'Ana dedicada a Ortega. *Diário de Lisboa*. [18 de octubre de 1955].

The New York Times: "José Ortega y Gasset". [20 de octubre de 1955].



The New York Times: "To the Editor of The New York Times". 27 de octubre de 1955. Carta al director firmada por Victoria Kent.

Letters to The Times

MORTIMER T. COHEN.
New York, Oct. 23, 1955.

Ortega's Political Views

Spanish Philosopher Declared to Have Supported Democracy

The writer of the following letter is editor of the periodical Iberica. She was a member of the Cortes in Republican Spain and served as Under Secretary of Justice in charge of the Spanish prison system.

TO THE EDITOR OF THE NEW YORK TIMES:

The letter to The Times on Oct. 15 of José Made Arelliza, the Spanish Ambassador, protesting against an editorial on José Ortega y Gasset, makes some observations that do a grave injustice to his memory.

Ortega y Gasset was among the Spanish intellectuals who founded the Spanish Republic on the basis of democracy. Once the republic was launched, he founded a political party. "At the Service of the Republic."

In the later years of the republic Ortega expressed disagreement with certain actions taken by the Administration in power at the time. But his disagreement was always from the point of view of a loyal Republican, exercising the legal right held by every Spaniard at that time to criticize the Government.

It is true that the Europeanization conceived of by Ortega and other Spanish leaders was what brought the republic to Spain. But it is also true that it was the anti-Europeanists who caused the military uprising which led to the civil war.

When this broke out, Ortega was living in Madrid. An intellectual more than a military or political leader, with little that he could do in so savage a conflict, he left Spain with a passport from the Republican Government and took up residence in Portugal. It is not true that he was forced to flee because of "persecution" by "gangs of leftists."

The Ambassador fails to explain why Ortega then remained in exile for nine years after Franco's triumph. What was there to fear? The "leftist gangs"—Democrats, Republicans, Liberals—were all in exile or prison or they had been exterminated by firing squads, so the wonder is that he did not immediately return to enjoy the blessings of the new regime.

Carta de Victoria Kent a José Ortega Spottorno, con la que envía el recorte de la Carta al director de *The New York Times*. Nueva York, 16 de noviembre de 1955.



Time: "Spain | Death of a Philosopher". 31 de octubre de 1955.

SPAIN Death of a Philosopher

At the turn of the century a young Spanish philosopher, home from the German universities, used to walk the stone terrace before the great Escorial palace proclaiming to himself: "I am I plus my circumstances." Looking up at granite reminders of bygone imperial glory and reflecting on the fresh memory of Spain's ignominious defeat in Cuba, José Ortega y Gasset decided that the circumstances of Spanish life demanded drastic overhaul. For 300 years, he wrote, Spain had been sinking into a "long coma of egotism and idleness . . . Today we are not so much a people as a cloud of dust that was left hovering in the air when a great people went galloping down the high road of history."

The Revolt of the Masses. For the next 25 years José Ortega y Gasset, a small smoldering son of Socrates exuberantly engaged in the circumstances of Republican revolution, held sway over the liveliest minds of the Spanish-speaking world. Disagreeing sometimes with his great fellow philosopher Miguel de Unamuno, he was to be found in Madrid salons surrounded by poets and duchesses, fulminating at Iberian decadence till hostesses swept the whole lot out at dawn. To lead Spain out of its self-centered provincialism into fruitful communication with the rest of Europe, Ortega founded the most famous Spanish newspaper (the liberal *El Sol*) and the most widely quoted Spanish review (*Revista de Occidente*) of the day. He launched political manifestoes ("Spaniards, our nation does not exist. Reconstruct it. The monarchy must be destroyed"). And all the while, in the most exquisitely modulated Castilian prose of the 20th century, he wrote about Spain, art, bullfighting, modern poetry and the timeless problems of moral philosophy.

An individuality so tacitly drawn between the twin Spanish columns of dignity and passion could never conform to the crude consequences of his own controversial eloquence. His victories defeated him. Three years before Hitler came to power, Ortega wrote a famous book with the prophetic title: *The Revolt of the Masses*. In the U.S., and in Europe as well, it was a Depression-time bestseller, whose striking Nietzschean phrases punctuated jargon talk and political arguments about whether, in the 20th century technological civiliza-

TIME, OCTOBER 31, 1955



ORTEGA Y GASSET

"I am I plus my circumstances."

tion, mass man tends to suppress the elite.

Lesser men seized on his exalting of the "select minority" to forward the Nazi cause, conveniently disregarding his characteristic distinction that "the select man is not the petulant person who thinks himself superior to the rest but the man who demands more of himself than the rest . . ." When Spain overthrew the monarchy, against which he had inveighed so powerfully, Ortega took a seat in the new Cortes but almost immediately found the new republic "bad and sore," nothing like the enlightened instrument of civilization that he had envisioned.

The Time of Silence. The outbreak of civil war in 1936 completed Don José's disenchantment. For nine dear years he lived and wrote in French, Argentine and Portuguese exile. In 1945 he went back to Madrid, but his philosophy chair at the university remained vacant. "In times of great passion," he told a friend, "the duty of the intellectual is to remain silent, because in times of passion one has to lie and the intellectual has no right to lie." Of his life under the Franco dictatorship, Ortega often said: "I am here, but I do not exist here. I do not want to take part in anything."

Only once more did he leave his "non-existence" (in 1949 he came to the U.S. to take part with Albert Schweitzer in the Goethe Festival at Aspen, Colo.), and one day last week it ended in fact as well as in spirit. At 71, José Ortega y Gasset died in Madrid of cancer. The press had long been obliged to disregard Ortega. But on his death, A.B.C., the capital's leading newspaper, devoted eleven pages to pictures, tributes and stories of Spain's celebrity. Trained by the Jesuits, Ortega left the church early, fought it, but was never the atheist he was sometimes called. "He died Christianly," said the Madrid daily *Pa*. During his final hours of unconsciousness, a priest friend gave him last rites and, as

TIME, OCTOBER 31, 1955

his widow requested, he was buried in a Catholic cemetery. He had written what could serve for his epitaph: "The supreme value of life—just as the value of money is in spending it—is to lose it on time and in good grace."

El Nacional: “Lo que debe el pensamiento hispánico a Ortega y Gasset”. [Caracas, 3 de noviembre de 1955]. Contenía artículos firmados por Manuel Granell, Lorenzo Luzuriaga y Eduardo Ortega y Gasset.



Portada del *Boletín Editorial de la Revista de Occidente*, S.A. Diciembre de 1955.

19 de octubre de 1955. Entierro de José Ortega y Gasset

La mañana del 19 de octubre, la muchedumbre invadió la calle de Montesquín para acompañar a la comitiva fúnebre hasta el cementerio de San Isidro. Todas las crónicas informaban del respetuoso silencio y de la emoción contendida por cuantos se acercaron al domicilio de Ortega para expresar su profundo pesar. Los pliegos de firmas se renovaban continuamente en el vestíbulo de la vivienda.

Entre la multitud, los periódicos destacaban la presencia de muchos periodistas extranjeros y de numerosos estudiantes, pues las clases se habían suspendido en la Universidad en señal de duelo por quien había sido uno de sus catedráticos más ilustres. También el Ateneo de Madrid mantuvo sus puertas entornadas y su bandera a media asta con crespón negro.

Varios miembros del Gobierno acudieron al portal de Montesquín para solidarizarse con el dolor de la familia y acompañarla en la comitiva, comitiva que estuvo formada, además de los familiares, por autoridades políticas, civiles, diplomáticas, eclesiásticas y académicas. El desfile ante los hijos del difunto se prolongó más de media hora hasta que pudieron partir rumbo a la Sacramental.

Según las crónicas, el féretro fue transportado a hombros hasta el coche fúnebre por tres sobrinos del filósofo y otros tres discípulos. Numerosas co-

ronas llegaron al domicilio de don José desde diversas instituciones y procedentes de distintas partes del mundo.

Una vez en el cementerio, los restos de don José fueron depositados en el panteón familiar, donde ya reposaban los de su padre, el gran escritor y periodista José Ortega Munilla.

Documentos:

Fotografía en la que se aprecia, en primer término, el coche abarrotado de coronas, y detrás, el coche fúnebre a punto de recibir el féretro con los restos de Ortega y Gasset, transportado por familiares y amigos del filósofo. *Mundo Hispánico*, [19 octubre de 1955].



En un impresionante silencio, rodeado a hombres de sus hijos y de sus discípulos predilectos, la caja que contiene los restos mortales del filósofo va a ser enterrada en el panteón familiar. Una multitud expectante y emocionada sigue la caja de Monte Esquilón.

Fotografía de la salida del féretro. [19 de octubre de 1955].



La comitiva aguarda a la puerta de Montesquinza, 28 la salida del ataúd con los restos de Ortega. *Mundo Hispánico*, [19 de octubre de 1955].



Frente a la casa mortuoria se forma la presidencia del duelo y se inicia el desfile. A la izquierda de la foto, con los hijos del ilustre finado, los ministros de Información y Turismo, de Educación Nacional y el ministro secretario general del Movimiento.

Fotografía de los hijos del filósofo, Miguel y José Ortega Spottorno, recibiendo el pésame. [19 de octubre de 1955].



El sacerdote asperja los restos del difunto antes de la inhumación del cadáver en el cementerio de San Isidro. [19 de octubre de 1955].



21 de octubre. Los estudiantes homenajean al maestro

En el devenir de este itinerario merece mención aparte el episodio de cómo vivieron los universitarios españoles estas duras jornadas de duelo por la pérdida de uno de sus grandes profesores y maestros. José Luis Abellán ha indagado en su memoria de estudiante de segundo curso de Filosofía y Letras para encontrar los recuerdos de aquellas duras y tristes jornadas. Toda la polémica que se desató al morir Ortega y que hemos recordado en las páginas anteriores, se vivió con especial sensibilidad entre la comunidad universitaria. Era lógico, argumenta Abellán, que los universitarios reaccionaran de forma “contundente y violenta” si reparamos en que “a muy pocos pasos de las aulas universitarias había muerto el pensador español más eminente del siglo XX, sin que ninguno de nosotros hubiéramos tenido la oportunidad de oír su voz ni de escuchar sus enseñanzas, lo que se convertía automáticamente en una acusación rotunda e inequívoca contra el régimen político que tales cosas permitía”³².

La reacción de los estudiantes no se limitó a lamentar en pequeños corrillos que la memoria de Ortega fuese profanada sin ningún pudor. Los universitarios decidieron movilizarse y dejar patente su actitud de repulsa ante el último adiós que el régimen de Franco había apañado para Ortega. Fruto de las movilizaciones internas lograron congregarse a miles de estudiantes en un acto celebrado en Madrid el 21 de octubre; la convocatoria se hizo por medio de una esquela que, intencionadamente, aparecía desprovista de la cruz y de cualquier otro signo religioso, en la que se podía leer: “Don José Ortega y Gasset. Filósofo liberal español. Madrid, 1883-1955”. Y en el faldón: “Asiste al acto que la Juventud Universitaria ofrece a su Maestro y guía. Patio de la Universidad Central. Viernes, 21 de octubre, a las once de la mañana”.

El acto fue un éxito, asegura Abellán, quien recuerda que “se compró una corona de laurel a la que se añadió una cinta morada con una leyenda en letras doradas, donde decía de forma muy simple, pero elocuente: “A José Ortega y Gasset, filósofo liberal español”³³. No obstante, debemos sospechar que si el homenaje pudo celebrarse en paz y con una asistencia multitudinaria se debió, en parte, a la anuencia de las autoridades académicas que debieron estar al corriente de lo que se iba a celebrar. De hecho, en el acto estuvo presente el decano de la Facultad de Derecho, don Manuel López Torres.

³² José Luis ABELLÁN, *Ortega y Gasset y los orígenes...*, ob. cit., p. 214.

³³ *Ibidem*, p. 219.

Al término del homenaje se inició el recorrido hacia el cementerio de San Isidro; “se pretendía dar testimonio público de nuestra actitud, y en lugar de ir directamente al cementerio por el camino más corto, se dio un rodeo por sitios más concurridos. La comitiva –y no manifestación, como se empañaron en denominarla algunos sectores oficiales– salió por la puerta trasera del edificio de San Bernardo hacia la Puerta del Sol, desde donde se inició el camino por las calles del Madrid antiguo hasta la sacramental de San Isidro, donde estaba la tumba de Ortega”³⁴.

Entonces los estudiantes leyeron un texto en el que denunciaban que pudiendo haber sido discípulos de Ortega, no lo fueron; se calificaron de “discípulos sin maestros” y aseguraban que el filósofo muerto “hubiera sido el maestro que necesitamos”. En el texto, además, se apelaba a un cambio necesario en la Universidad y a la lectura de los libros de Ortega para recibir a través de ellos las enseñanzas que el maestro no les pudo transmitir en persona.

Resultaría demasiado extenso narrar en este punto los incidentes que, tras el homenaje a Ortega, originaron la llamada “crisis del 56”, gracias a los cuales se pusieron los cimientos de una futura oposición universitaria al régimen de Franco. La crónica de los hechos la han reconstruido con detalle, entre otros, Javier Tusell en su *Oposición democrática al franquismo* (Barcelona: Planeta, 1977, pp. 282 y ss.), y el propio José Luis Abellán en su obra citada sobre Ortega y los orígenes de la Transición (en concreto a partir del capítulo 3 de la tercera parte).

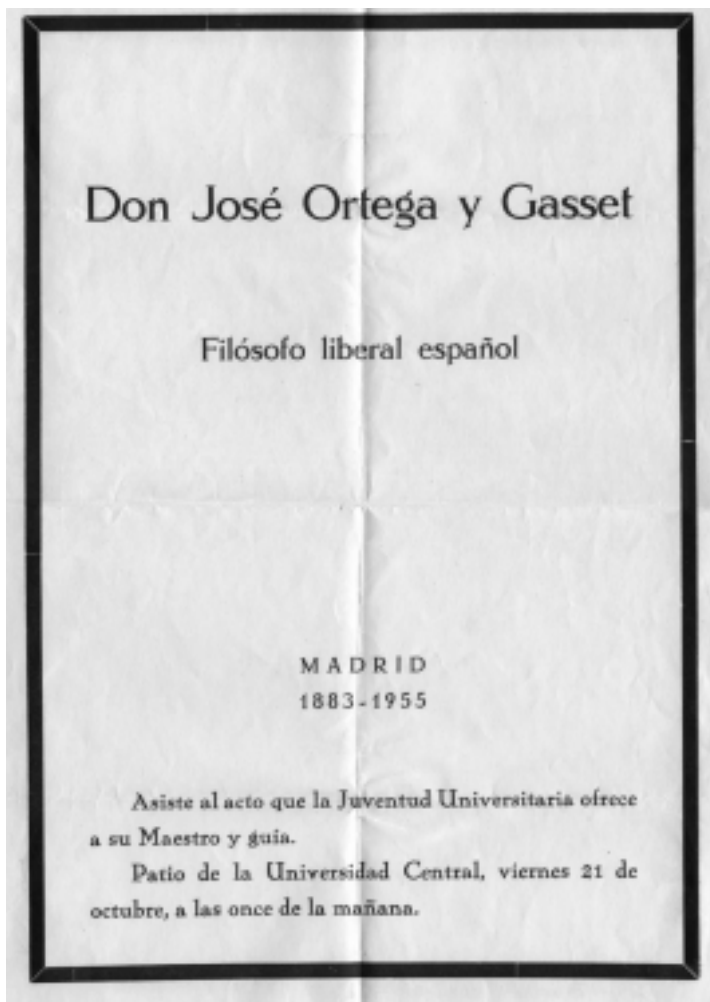
Basta con mencionar que, al menos para estos autores, el origen de la aludida crisis y la toma de conciencia de la generación del 56 encuentran su punto de arranque en la muerte de Ortega, o más concretamente, en las torcidas maniobras con que el régimen quiso empañar la memoria del insigne filósofo. En este sentido, la tesis de Tusell y Abellán es refrendada por el biógrafo orteguiano Rockwell Gray, quien no duda de que “los acontecimientos desencadenados por la muerte de Ortega fueron la primera protesta pública importante de la oposición en la posguerra española”, y atribuye la “limitada respuesta oficial” al interés de Franco por mostrar ante las Naciones Unidas una “apariencia moderada”. Los estudiantes se fueron radicalizando desde entonces, lo que para Gray significa que “Ortega consiguió con su muerte lo que no había sido capaz de lograr en vida durante la posguerra: el que su memoria sirviera de catalizador a la causa de la protesta liberal, despertando a aquellos que se acordaban del legado «enterrado» que él y su generación habían dejado al presente”³⁵.

³⁴ *Ibidem*, p. 221.

³⁵ Rockwell GRAY, *José Ortega y Gasset. El imperativo...*, ob. cit., pp. 360-361.

Documentos:

Esquela con que los universitarios convocaron al homenaje en memoria de Ortega. [21 de octubre de 1955].



Copia mecanografiada del texto leído por los estudiantes en el homenaje.
[21 de octubre de 1955].

Este homenaje póstumo a Ortega y Gasset, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras, es el homenaje de los que pudimos haber sido discípulos suyos, de los que no lo somos y estamos sufriendo el vacío que él dejó al abandonar, por causas conocidas, su cátedra de Metafísica. Es el homenaje de la juventud universitaria, de los universitarios sin Universidad que somos, de los que hemos tenido que aprender muchas cosas fuera de las aulas, en los libros que no son los de texto, en idiomas que no son el español.

Somos discípulos sin Maestros. Entre Ortega y Gasset y nosotros hay un espacio vacío y mal ocupado. ~~En~~ Nosotras cada día que falta algo, que nos falta alguien. Nadie nos dice qué es estudiar, como debemos estudiar, para qué estudiamos. Nadie nos dice para qué vale la Universidad. Y esta os aseguro yo de que vale para muy poco, y de que es necesario cambiarla mucho. Pero nadie nos dice cómo, nadie defiende que nosotros somos la base de la Universidad.

Hace muchos años, Ortega y Gasset contestó a estas preguntas, dió satisfacción a estas exigencias nuestras. Su obra de filósofo universal no desdeña la preocupación por nosotros. Nos estudia, nos analiza nos comprende. Sobre todo nos comprende y nos tiene en cuenta. Pero todo esto, las magníficas enseñanzas de Ortega y Gasset, sus libros, no nos han llegado a través de las cátedras. Algunos, desgraciadamente no demasiados, hemos buscado los libros de nuestro primer filósofo y los hemos leído. Otras, desgraciadamente muchas, no sabemos casi nada de Ortega y Gasset. Seamos sinceros. Y el hubiera sido el Maestro que necesitábamos.

José Ortega y Gasset ha muerto hace cuatro días. La Universidad ha guardado su luto oficial. Nosotros, los universitarios, debemos demostrar aquí el nuestro. Y algo más.

Porque no está todo perdido. Aun podemos de algún modo, ser discípulos suyos. Aun podemos ser una juventud con Maestro. José Ortega y Gasset ha muerto, pero quedan sus libros.

Nuestro mejor homenaje debe ser el silencio. Un silencio de discípulos que se preparan a oír la voz del Maestro. Nos va a dar la clase. Es la última pero nosotros podemos hacer que sea también la primera.

Silencio. José Ortega y Gasset, hombre de España, filósofo universal, amigo de la juventud universitaria, ha muerto.

Silencio. Quedan sus libros, y aun podemos ser discípulos de él a través de ellos

(Texto leído en el Cementerio, exclusivamente ante universitarios, durante el homenaje póstumo que la juventud universitaria de Madrid le ofreció en la mañana del 21 de Octubre de 1955. Mas de mil universitarios fueron desde la Universidad Central hasta su tumba, y depositaron en ella una corona de laurel. Luego, en absoluto silencio, escucharon la lectura de varios fragmentos de obras orteguianas)

Fotografía de un grupo de estudiantes de Filosofía y Letras portando una corona de laureles. [21 de octubre de 1955].



Fotografía de un joven universitario depositando la corona de laureles sobre la tumba del filósofo en el cementerio de San Isidro. [21 de octubre de 1955].



Fotografía del momento en que los estudiantes universitarios leen en voz alta el texto durante el homenaje a Ortega. [21 de octubre de 1955].



Balance final

Han transcurrido cincuenta años desde los episodios aquí relatados. Muy distinta es la España que hoy conmemora la efeméride de su gran filósofo contemporáneo de la España que lo vio morir. Por expresarlo con un lenguaje más apropiado, otra es la *circunstancia*, aunque la vigencia de su pensamiento no haya variado y Ortega resulte hoy tan actual como lo fue entonces.

La notable cantidad de investigaciones de carácter científico que cada año se publican dan buena cuenta del interés que sigue despertando este autor. Basta con asomarse a esta *Revista de Estudios Orteguianos* para comprobar la variedad de iniciativas que permanentemente se proyectan. Consideremos que en los últimos 7 años han visto la luz unos 700 estudios relacionados con la obra y con la biografía de Ortega, sumando libros, monografías y artículos de investigación. Se han defendido unas 30 tesis doctorales y tesinas en torno al pensador, y si tenemos en cuenta que, además de

la nueva edición canónica de sus *Obras completas*, en este tiempo han aparecido casi veinte nuevas ediciones de muchos de sus libros y más de cincuenta reediciones y reimpresiones de los mismos, podemos vislumbrar un panorama halagüeño para el futuro de los estudios orteguianos.

Es oportuno destacar que tan sólo en los últimos años las obras de Ortega se han traducido a más de 15 idiomas, entre ellos el serbio (*Europa y la idea de nación*, en 2003), el coreano (*Unas lecciones de metafísica*, en 2002), el húngaro (*La rebelión de las masas*, en 2003, *Meditaciones del Quijote* y *Prólogo a veinte años de caza mayor*, en 2002), el croata (*La rebelión de las masas*, en 2003), el rumano (*Estudios sobre el amor*, en 2001, *Europa y la idea de nación* y *La rebelión de las masas*, en 2002), el ruso (*Misión de la Universidad*, en 2002), el polaco (*La rebelión de las masas*, en 2002), el turco (*Estudios sobre el amor*, en 2001, y ya iba por la tercera edición), el búlgaro (*Meditación de Europa y Meditaciones del Quijote*, en 2000), el hindi (*La rebelión de las masas*, 1998), el danés (*La deshumanización del arte*, en 1997), el japonés (*Una interpretación de la historia universal y Meditación de Europa*, en 1998), el lituano (*El tema de nuestro tiempo y otros escritos*, en 1999), sin mencionar otras lenguas como el portugués, el inglés, el alemán, el italiano, el francés, a las que las obras de Ortega son traducidas sistemáticamente³⁶.

En resumen, que la proliferación de estudios relacionados tanto con la forma como con el fondo de la obra orteguiana, la permanente demanda de sus textos, así como el despertar de nuevas vocaciones entre los jóvenes investigadores, dibujan una trayectoria de interés creciente que no se podría comprender si no es por la autenticidad de su pensamiento.

La presencia de José Ortega y Gasset en la sociedad española del siglo XXI, al margen de vanas polémicas, es un hecho. De modo que hoy, cuando se cumplen cincuenta años de su muerte, no hay mejor tributo que podamos elevar en su memoria que la constatación de su fuerza y vitalidad.

³⁶ Toda esta información se puede consultar en *Revista de Estudios Ortegaianos*, números del I al IX, Madrid, 2000-2004.

Documentos:

Última fotografía de Ortega con vida. El filósofo aparece acompañado por su esposa y por su gran amigo Emilio García Gómez. Al fondo, el claustro de Santillana del Mar. [Julio de 1955].

